



Carmen Conde

Creció espesa la yerba...

Novela

Creció espesa la yerba [...]
[...] sobre la tumba de mi juventud.

Alexandre Solzhenitsin, Archipiélago Gulag

Exactamente, cambiando las ropas, es como ella fue; una muchachita de unos dieciocho o veinte años, rubianca, de estatura mediana, delgaducha, pero con cierta gracia. Va vestida como van casi todas: pantalón tejano, blusita blanca, zapatos deportivos, sin medias; y una mochila mediana, cuadrada, que cuelga liviana de uno de sus hombros. El pelo, semilargo; unos grandes ojos claros intactos que ansían poblarse de imágenes distintas. Está a un lado de la carretera y no hace señas a ningún coche. Espera sencillamente.

Va disminuyendo velocidad, curiosa, hasta detenerse ante ella, que la contempla tranquila.

-¿Quieres subir? -dice.

Y la chica se sonríe alegre y abre la puerta y se mete con toda su breve impedimenta-. Déjala atrás, no vas a poder moverte.

-Sí.

Reanuda la marcha. No hablan. Cuando avanzan un par de kilómetros, le pregunta sin mirarla:

-¿Adónde vas?

Como tarda en contestar, vuelve a disminuir la marcha y por fin oye la respuesta.

-A cualquier sitio.

Sonríe divertida:

-La cuestión es irse, ¿no?

-Sí.

La carretera aguarda, como ella, que el coche vaya a donde sea, pero que vaya; parado, nada significa. Hay que seguir. Sigue.

-Yo voy hacia el mar... -dice.

-Iré con usted -contesta; y como se produce un silencio, añade-: si es que quiere llevarme.

No contesta. Viaja sola porque así lo prefiere. Esta súbita e inesperada compañía no acaba de hacerle gracia. Sí que es una chica de grata apariencia, que no huele mal y que va limpia, pero...

-No pensaba viajar acompañada...

-Pare y me bajaré.

-Otro coche vendrá, ¿eh?

-Sí.

Ahora se siente fastidiada. No importa quién, sino un coche, el que se detenga al verla quieta al borde del camino.

-... Porque lo que te interesa es ir.

-Sí.

¿Se detiene y la abandona; no va a saber por qué ha salido a la carretera sin un destino predeterminado, a lo que sea...?

-Bueno, te llevaré.

-De acuerdo.

-Y... ¿y luego?

-No importa.

Mejor callar. El destino humano tiene sus claves. Tendría que ser esto y así. Ha salido temprano para llegar pronto a donde se propone. Sola.

Pensando en sus pensamientos. Y aparece esta criatura sin rumbo, o con todos los rumbos, dispuesta a ir. A ir a donde sea.

Los pinares a uno y a otro lado de la carretera anuncian la proximidad de Albacete. Cerca ya. ¿De dónde habrá arrancado, a la ventura o aventura, la autoestopista? Estaba antes de este punto, mucho antes; pero siente pereza para fijar el lugar preciso. Seguramente habría utilizado otro coche antes...

-¿Es el primer coche que utilizas? -pregunta.

-El tercero.

Se mantiene la ignorancia de su partida. Debe ser muy cerca de Madrid; la chica salió y se las arregló para utilizar dos coches antes que el de ella.

-¿Viajeros solos?

-El primero sí, el segundo, no. O a la inversa.

-¿Los dejaste, o te dejaron?

-Bueno...

-Comprendo.

La chica la mira extrañada; lo comprueba con el rabillo del ojo. Sonríe.

¿Comprende verdaderamente?

-Comprendo que algo te disgustara y que por ello no continuaras el viaje.

-Quizá.

Estamos bien. Nada se saca en limpio. Mejor dejarla tranquila, desentenderse de su presencia. La llanura manchega no ofrece dificultades. Hay una circulación fluida. Inevitable pensar que se lleva una muchacha desconocida al lado; que ni se sabe de dónde procede ni ella misma sabe adónde irá. Cuando las mujeres no eran tan dueñas de ellas mismas, hubiera sido imposible un caso semejante. Tampoco había coches, muchedumbre de coches por los caminos, facilitándolo todo. Poderosa razón.

-¿Tienes hambre?

-Sí.

La criatura es poco comunicativa. Mejor. De todos modos es mejor ignorar cuanto sea suyo. Pero ¿y si ocurriera algo...; un accidente...; qué decir?

La verdad, si ella quedaba para contarle que la recogió en la carretera, antes de Villarrobledo, porque hacía autoestop. Claro que no le pidió que la llevara sino que fue ella quien le brindó el coche. Se cruzan con una pareja de motoristas que pronto se pierden en el horizonte. Ahora atraviesan La Roda, pero no se detienen en un restorán que les sale al paso. Mira a la chica y sonrío desganada:

-Tomaremos algo en Albacete. Conozco un sitio en la propia carretera, y acostumbró parar en él.

No le contesta y se pone a pensar en lo que fue dejando atrás. Viajar llevando el volante da mucho de sí a la memoria. Sobre todo cuando la memoria es ya tan rica que se tropieza una con ella a cada paso. Dicen que recordar es volver a vivir. Cualquiera sabe. O volver a sufrir, claro que más despacio, más levemente; a cámara lenta. El tiempo no es ponderable, se produce según los casos y circunstancias. Ahora, por ejemplo, va siendo demasiado lento. Quizá -debe ser por eso- porque se lleva cerca una vida desconocida y eso acaba inquietando. Siempre la inquietan los jóvenes, aunque los ama y encarece; le inquieta ese monstruo del futuro que tienen delante y que a ellos no les inspira miedo. Inconsciencia, naturalmente. Cuando se ha vivido...

-¿Dice usted que tomaremos algo pronto?

La voz es débil, de persona con hambre.

-¿Hace mucho que comiste?

-Sí.

No quiere mirarla; no le gusta separar los ojos de la carretera; nunca mira a los que habla cuando va conduciendo. Se sonrío sola, a solas, y no dice nada más. Va estando cerquísima Albacete. Sus viajes anteriores le acuden al recuerdo. Fueron muchos y ninguno como éste porque nunca recogió a nadie en el camino. ¿Qué idea le daría hoy? Ni siquiera se lo pidieron, y lo hizo. Como es un poco fatalista, admite la intervención del destino y eso la enerva y hasta la asusta.

Aún no es mediodía y el calor no sofoca. Se rueda con gran comodidad,

suavemente. A veces, la velocidad aumenta sin que ella se lo proponga.
Cuestión de nervios inconscientes.

-Hace calor ya.

Lo ha dicho sin darse cuenta, inducida acaso por tanto silencio. Y se sorprende cuando oye que se le contesta:

-Todavía no hace mucho. Por la tarde sí que lo hará.

No se arriesga a intentar mantener una conversación, por fútil que fuere. Hay personas que hablan si no se les contesta. Esta muchacha parece de ellas...

-Estamos en pleno verano.

Ahora es ella la que no contesta. Se abstrae. Que hable sola sí se le apetece de pronto. Aumenta la presión del acelerador y Albacete aparece delante. Entran siguiendo la carretera general; antes del cruce Murcia-Alicante, se detiene a la derecha. Es el restorán de que habló: Surco. Dice seca:

-Baja.

Y lo hacen a un tiempo, cada una cerrando su puerta.

-Entra.

Es un restorán-cafetería que a estas horas no sirve comidas, sino bocadillos, platos fríos, bebidas. La cafetería es la que trabaja. Se instalan en ella y piden.

-Te aconsejo unos emparedados de jamón y queso fresco.

-¿Café?

-Café y emparedados de queso manchego fresco con jamón.

-Basta.

Como ahora la tiene situada delante, puede verla despacio. Tiene cara de no haber dormido en muchas horas. ¿Qué le habrá ocurrido para echarse a la carretera y viajar con desconocidos?

-¿Cómo te llamas?

-María.

-No es verdad -asegura convencida, sin saber por qué.

-¿Por qué?

-No lo sé, hija; pero tú no te llamas María.

-¿Cómo?

-Tú sabrás.

Se está cansando. Admite dejarla en el restorán y que allí mismo busque con quién seguir su peregrinaje. A sus años se sorprende irritada con una situación absurda a todas luces.

-Tiene usted razón: no me llamo María.

La mira fijamente y se asombra: ¡qué joven es todavía! Luego vuelve la cabeza.

-No quiero saber tu nombre -dice. Secamente.

Realmente, ¿qué importa saber el nombre de una persona a la cual no se conoce, que acaba de irrumpir en nuestra vida de tan accidental manera...?

Un nombre es ya algo que se aferra a nuestra memoria, que, quizá, se afianzará en ella y acudirá en cualquier momento a levantar ante nuestra mirada interior la estatura de una persona que pasó, vagamente, por el

costado de nuestro propio pasar.

Esta joven, con su aire resuelto y su insegura expresión al mirar de frente a Laura, ¿qué busca por la carretera; por qué ella, Laura, le ha hecho caso y la invitó a subir a su coche? Hace tantos años que no ha respondido a ninguna mirada, a ningún encuentro ocasional o buscado..., y hoy, porque sí, habla con una desconocida desconfiada de todo, bien se comprueba, como si ello le importara realmente.

En un día remoto, cuando aún sus cabellos entregaban al viento una dulce y leve maraña rubia oscura, recibió del azar o del destino otro encuentro bien diferente: cruzó su andadura con la de otro ser por una larga calle estrecha y, al mirarse los mutuos ojos, Laura se sintió sin rumbo, desmemoriada de lo que iba a hacer, indecisa de su paso, detenida y acaso para siempre en aquel súbito encuentro que iba a marcarle singladuras jamás pensadas ni presentidas. Pero ahora... No. Aquello era un, de acuerdo, extraño hallazgo sin trascendencia. ¿Para qué, pues, iba a necesitar saber cómo se llamaba la muchacha?

Se aferró al volante como única preocupación y el paisaje se fue deslizando a su espíritu como a un país deshabitado. En un viaje por carretera se puede aislar de cuanto no sea mirar de frente y ver por los lados con la rapidez precisa para una visión completa y necesaria. Correr no era urgente, pero corrió para acabar lo antes posible con la compañía. Era de suponer que en algún lugar se apearía la chica, y entonces Laura continuaría sola y en paz, desligada del azar que brevemente alteraba su indiferencia. Mantenía la idea de su indiferencia y ello aumentaba la sorpresa de cuanto ocurría ahora.

No quiero saber tu nombre, ¿para qué habría de quererlo? Te llamarás o no te llamarás, pero estoy segura de que yo no te llamaré nunca después de hoy aunque me dijeras tu verdadero nombre; se dijo. Y el silencio ocupó holgado asiento entre las dos mujeres.

Tampoco le dice adónde van a dirigirse al llegar al cruce de las carreteras. Poco puede importarle si ni siquiera sabe por qué va ni adónde. Se detiene apenas, como si dudara -y no, pues conoce bien su dirección- y gira a la derecha: MURCIA, dice el indicador; y los kilómetros. Hasta allí.

La jovencita saca un cigarrillo y lo enciende; no la invita y se alegra, porque nunca fuma cuando conduce. Hay más coches por aquí, de regreso a Madrid, según se deduce por sus matrículas. El mediodía ha pasado y la tarde es clara y luminosa. Se ansía llegar al mar. A ella le corre ya prisa por estar a su orilla. A su pesar, pregunta:

-¿Qué piensas hacer cuando lleguemos?

-No lo sé.

-¿Ni siquiera te interesa conocer adónde voy y te vienes en este coche...?

-Todos los sitios serán buenos, y todos el mismo sitio, con tal que no sean el que he dejado. De pronto acusa intranquilidad; se rebulle en su asiento y pugna por hablar; se contiene y al rato dice:

-Me llamo...

-No me importa cómo -interrumpe.

-Perdone lo de antes; quiero decírselo ahora.

Frena y la mira fugazmente: tiene los ojos velados y le tiembla la barbilla. ¡Qué joven es!, insiste mirándola.

-Bueno, dilo.

-María, me llamo María.

Vacila la muchacha, pero continúa diciendo:

-Tengo una hermana que se llama Isabel, casada; vivía con ellos, pero...

-se esfuerza para decirlo-, su marido entró en mi alcoba la otra noche -mi hermana había ido a ver a una enferma- y...

-¿Lo hizo?

-Sí.

-¿Por qué?

-Cuando vino lo rechacé, luego... Por eso me fui. No quiero verlo más ni que lo sepa mi hermana. Le escribiré cualquier día y le contaré lo que sea. No volveré nunca allí.

-¿Te gustaba el hombre?

-No lo supe hasta aquel momento. Sí. Me gusta.

-¿Y ahora?

-No quiero pensar en eso.

Frena bruscamente y, ya embargada por el interés humano, protesta:

-Has de pensarlo, decidir si te gusta o no, y pronto.

-¿Para qué?

-Hija, para saberlo. Tenemos que conocer a fondo nuestros sentimientos, y seguirlos o ahogarlos. Una persona tiene que ser consciente.

-¿Por qué ha de serlo?

-Porque sí.

Reanuda la marcha. La muchacha tiene apagado su cigarrillo y lo tira por la ventanilla, cerrando los ojos. Imposible saber lo que piensa: su gesto es impenetrable. Y ausente.

-Huir de los hechos no arregla nada si no sabemos de quién o de qué huimos. ¿De él? -No contesta-. ¿De ti? -Abre los ojos.

-Creo que de mí -confiesa.

-Menos mal que sabes algo.

El sol hiere un poco ahora; los pueblos han ido pasando sin suscitar atención. Como si no estuvieran allí, con la carretera en medio o a un lado. Pueblos anónimos para este viaje.

-Y si lo sabes, habrás de averiguar también lo que vas a hacer ahora.

-Me da todo igual.

-Es una solución, sí.

Se ha corrido mucho sin advertirlo tampoco. Los kilómetros vuelan a veces. Se aproxima todo demasiado. A lo mejor va a dar pena que se acaben espacio y tiempo. En este mundo tan sorprendente no acaba una de sorprenderse por algo.

-¿No conoces a nadie que te ampare, no tienes más familia...? ¿Qué podrías hacer?

-No tengo a nadie -se encoge de hombros-. Eso no importa. Trabajaré en lo que sea. Ya me arreglaré. Lo que sí sé es que debo alejarme y no volver allí.

-¿Estudias?

-Estudiaba.

Comienza a impacientarse.

-Para trabajar hay que saber algo que resulte útil a los demás -dice.

-Claro.

-¿Y...?

-Seré útil. Estoy segura. Créalo.

Lo cree. Hasta admite que le pueda ser útil a ella misma. Sí, pero ¿en qué? Precisamente viaja para descansar de sus quehaceres y abrir un plazo de paz total. La necesita. ¿Qué utilidad va a tener la admisión a su lado de una existencia que se manifiesta tan conflictiva? Absurdo. Habrá que intentar ayudarla a meterse en algún sitio. ¿A qué amigos, y para qué, la encauzará? Suspira y acelera. ¿Cómo se le ocurriría emprender este viaje hoy precisamente?

La chica pone una mano, levísima, en su brazo derecho:

-No se preocupe por mí -murmura suavemente-; soy joven y acabaré arreglándomelas de alguna manera. A un coche tenía que subirme y le tocó al suyo, pero no le causaré más molestias; se lo aseguro. Y si no quiere llevarme hasta el final de su viaje, me quedaré en la carretera otra vez. Todo es indiferente para mí en este trance. Mi problema, forzosamente, tendrá que resolverse.

Las palabras han ido cayendo lentas, seguras y casi queman. Las ha oído como si le tocaran ese brazo en el cual hay, tan leve, una mano apoyada... «Soy joven y acabaré arreglándomelas de alguna manera». Sí, sí. La juventud sabe o cree que se las puede arreglar siempre.

-Bien -contesta-. Vendrás conmigo hasta el final. Allí, ya lo pensaremos.

Ha dicho «lo pensaremos». Incrédula e imprudente. A sabiendas.

El coche acaba de entrar en Murcia.

Siempre le producía a Laura emoción llegar a Murcia. Desde su adolescencia, cuando estudiaba en su ciudad natal y acudía a examinarse en la hermosa capital levantina. En los días invernales los almendros florecidos, y poco después los naranjos encendidos de azahar se le metían en el alma como triunfo gozoso a través de los sentidos. Toda la ciudad era huerta entonces; se la encontraba a la vuelta de cualquier calle. Espesa, amorosamente cuidada, abrazándose a las orillas del Segura, río limoso y en ocasiones alborotado y desmadrado. Laura era feliz paseándose enamorada por la huerta, oyendo el transcurso del río y oliendo a flores obsesivamente. Murcia fue su otra patria elegida, y en ella el amor cantaba como los ruiseñores en las márgenes de los huertos. En vano vino el tiempo del dolor y de la protesta. Murcia apenas si opusió a ellos, protegida en gran parte por su propio ser un tanto indolente para adoptar posiciones extremas. Laura pudo seguir paseándose cerca del río, estudiando, enamorándose y, por fin, cuando se vio obligada a dejarla, nunca la substituyó por ninguna otra ciudad del mundo. Extraño esto de llegar ahora a Murcia acompañada por una desconocida que cargaba con fardo de angustias no declaradas aún aunque bien expresadas en sus monosílabos. ¿Se decidirá a abandonarla aquí, no sería bueno indicarle que el acompañamiento terminó y hay medios bastantes en la ciudad para que escoja el que mejor le parezca? Y Laura mira de reojo a la jovencita y la

comprueba aparentemente tranquila, desligada de toda decisión y dispuesta a continuar a su lado como si ello fuera ya lo normal entre ellas. Ir juntas.

Imposible. Es un disparate si lo piensa. Laura vive sola y quiere vivir sola y no dejar de ser ella misma. Puertas atrancadas contra la invasión de cuanto se atreviere a llamar en ellas. Una severa determinación cierra los asaltos a su intimidad. Esta cosa absurda que le está pasando debe terminarse definitivamente. Alguien marcó en su pecho una huella que sangra sin parar, y las manos de Laura ni siquiera intentan aplicar a la herida un bálsamo que la cierre, curándola. Cuando se decide a no hacer nada que no cumpla con lo previamente resuelto, todo es inútil. ¿Cómo va a colársele subrepticamente en el acerado recinto un interés humano que para nada le va a alterar sus hábitos?

-Estamos en Murcia -dice-. Hemos llegado casi al final de mi viaje. Pero la joven no le contesta: mira con sumo interés la fachada de la Catedral, la de la plaza del Cardenal Belluga.

Conseguirá Burlarla. Podrá irse como vino: en uno de los coches que transitan. Tardará más o menos, da igual, hasta llegar a su ciudad. La ciudad. Aprovechará la tarde. Por las tardes sale Isabel a ver a una amiga o al cine con otras, y la casa se queda sola. Entrará en su casa -que sí es su casa; era la de sus padres y en ella permaneció Isabel al casarse-, abrirá su habitación y esperará que él regrese de su trabajo. A lo mejor acude a la alcoba secretamente avisado por su proximidad y la encontrará en ella, tendida en la cama, frente a la ventana. Enloquecerá al verla y la cogerá entre sus brazos sin que ella diga una sola palabra. No podrá decirla. ¿Para qué, si ya saben los dos que se unen perfectamente y van al unísono? Aunque sólo sea una, ya tienen su experiencia.

-¿Por qué te fuiste; es que no me quieres; es que no eres feliz conmigo? Dirá también que cuando advirtieron su huida, Isabel y él se volvieron locos, cada cual por su razón, luego, Isabel se encerró en sí y no pronunció palabra. Tampoco se dejó poseer por él. Eso aumentó su desesperación: se había quedado sin ninguna.

María reirá divertida; es delicioso saber que no tuvo contacto con su hermana, pues así lo encontrará más hambriento de ella. Se le resistirá, huirá por la casa vacía, gritará que tampoco ella le dejará quererla, para que él enfurezca por su deseo y cuaje más radiante el encuentro.

Su habitación estará como la dejó: limpia, grata, con libros sobre la mesa y en los estantes... Habrá que volver a clase, se dirá en silencio, pero él no la dejará pensar, la retendrá hasta que respiren el mismo aire; después...

¿Qué le dirá a Isabel cuando ésta vuelva? Él no estará en casa. Habrá salido antes para simular que hubo de quedarse en la oficina despachando inesperados asuntos urgentes. ¿Lo creerá Isabel? Es bastante lista para demostrar la duda. Preferirá sonreír: ¿Has vuelto? Sí; me dio un arranque y me fui de viaje con una señora amiga. Unos días, ya ves qué pocos; siempre es grato cambiar de ambiente. ¿Por qué no me avisaste? Un papel escrito, cualquier llamada de teléfono... Ya ves; jiba a ser tan poco

tiempo! Sí, claro; no valía la pena; pero, otra vez... De acuerdo: te lo avisaré.

Isabel se alejará aparentando confianza y deseando que él llegue. Lo hará indiferente, remolón, fatigado. ¿Sabes? Ha regresado mi hermana. ¿De veras, adónde fue? De excursión con una amiga, dice... ¡Vaya, vaya! ¿No la saludas? Claro. ¡Hola, viajera! ¿Qué modos son éstos de emprender la huida sin comunicárnoslo?

María verá miedo en los ojos de su hermana. ¿Huida dijo, que huyó? Se apresurará a borrar el efecto.

-Nada de huida, Santiago; simplemente ejercer el derecho a mi libertad.

Quise viajar, acercarme al mar, y aproveché un repentino viaje de...

Pero ya no la escuchan; se están mirando los dos serios y duros.

-Prometo -añadirá- no volver a hacerlo. Harto sabrá que ni la oyeron.

Isabel se encaminará a la cocina, por ejemplo, a disponer la cena.

Santiago, agobiado por la dicha reciente y por el temor, acudirá al aparato de televisión.

-Voy a oír las noticias -dirá.

En la cocina Isabel pensará que algo extraño ocurre entre los tres. María, recomida, admitirá que el matrimonio buscará su confirmación en la reconciliación de la noche... Y eso sí que no. Dará un puñetazo en la mesa y saltarán los libros y los apuntes. Si ella regresó porque no podía aguantar más su necesidad de ser amada por Santiago, ¿cómo iba a consentir que se acostara con Isabel? ¿No habían pasado esos días sin unirse? Pues para siempre jamás, igual.

El tono de la voz del locutor será estridente ahora. Santiago no lo advertirá, porque, a su vez, estará pensando en lo mismo que María. Una cosa fue asaltarla en aquella maravillosa noche de posibilidades, vencer su rechazo y sorprenderse al punto de su loca cooperación, y otra cosa es instaurar en la propia casa conyugal un hábito semejante... estando en ella su esposa, claro. No. Isabel no se lo merece. María es capaz de todo, no habrá que confiar en ella. Lo mejor sería que se marchara definitivamente y así se impedía el peligro. Y si se fuera, ¿qué? Al hombre le duele todo el cuerpo, sólo al pensarse sin ella, sin su entrega precipitada y honda.

-¿No podrías bajar un poco el volumen de ese aparato? -preguntará desde lejos Isabel.

-Naturalmente. -Y lo bajará, como le piden, a tiempo de que María aparezca en el comedor con una bata que mal encubre su camisón blanco y transparente... La contemplará loco de deseo e irá hacia ella borracho de prisa, cuando...

-Vamos a cenar -dirá Isabel entrando con la sopa.

Estarán los tres juntos alrededor de la mesa.

-¿No cenáis; qué os ocurre?

Ninguno contestará.

-Bueno, lo haré sola -y se servirá un buen plato de sopa de pollo con fideos, no de sobre, que a ella no le gustan las sucedáneas.

A María le repiqueteará dentro el pensamiento obsesivo: esta noche

ellos...

A Santiago, por su parte, la desesperación le acosará: «¿Qué va a pasar aquí?».

Isabel comerá tranquila, al parecer, sin mirarlos. Como estará entre los dos, ellos podrán mirarse a los ojos diciéndose lo que piensan, con las miradas... Por las espaldas les correrá el frío del recuerdo de la reciente intimidad, junto con la premura de la que desean. Isabel no se enterará de nada, se supone. Acabará su plato de sopa y lo pondrá en la mesilla auxiliar, para servirse unas croquetas. Antes, se beberá un vaso de vino oscuro, riojano, como a ella le gusta. Y, de pronto, como si tal cosa, empezará a decirles:

-Sé lo que os pasa. No os preocupéis por mí ni de mí.

La contemplarán estupefactos.

-Nadie puede contra el amor y menos si se desata el deseo.

Bajarán las cabezas y se buscarán las piernas por debajo de la mesa.

Calambrazos en ambos.

-Oponerme sería aumentar la pasión. Un disparate sobre el otro. No. No pienso hacerlo. Suave, sigilosamente, avanzará María:

-¿Entonces...?

Isabel, levantándose, la mirará gravemente:

-Pues que la que viajará ahora seré yo.

... Con calma saldrá del comedor. Irá a su alcoba, abrirá un armario...

Poco después, como si ya lo tuviera todo preparado por anticipado, saldrá del piso. Clarísimo, el portazo. Luego, el ascensor que subirá y bajará.

Santiago se levantará abrumado, sin saber qué le pasa. María, sonriente, también.

-¡Se fue! -dirá radiante. Y con gran naturalidad asirá una mano de él para llevárselo a su habitación. Ya pueden amarse. Disponer de toda la noche para ellos solos. Se quitará la bata, aparecerá peor que desnuda ante él, que la mirará petrificado y sin atreverse a abrazarla...

-¿No me quieres ahora, hombre? -pronunciará.

Y él no lo sabrá. No sabrá qué le ocurre. Por qué no le sube la hogareda del deseo hasta los labios, por qué no le empuja los brazos, y por qué no la hundirá entre sus piernas para abrasarla con su fuego oscuro, asfixiante, que le encenderá las venas de las sienes y le correrá por la espalda dándole latigazos que chasquen.

Sin ruido, habilísimamente, se abrirán las puertas y reaparecerá Isabel en el umbral de la habitación en llamas que corren sueltas sin prender aún en rugiente lumbre.

-Hermana mía -dirá-, eres un reptil, una bestia lúbrica. Vete de nuevo y no regreses jamás. Pero mañana. Esta noche, no.

Santiago se echará a llorar desconsolado, saldrá sollozando e Isabel cerrará la puerta echando la llave por fuera.

Sí, una puerta puede cerrarse dejando dentro la amenaza corporal de alguien a quien tememos furiosamente. ¡Se echa la llave, una vuelta, dos, mil vueltas para que la cerradura se haga inviolable! ¿Y qué? La que cierra con tal encono sabe que acaba de encerrar un fuego y que ese fuego

irá aumentando su fuerza hasta devorarlo todo: habitación, cosas, cuerpos, almas... Todo, todo. Irse pasillo adelante no significa nada, porque a donde se dirige la que cerró la puerta que la separa del fuego, es al encuentro del otro fuego que, puerta abierta, la espera en su propia alcoba. Parece más larga la distancia entre las dos habitaciones que entre el cielo y la tierra. El suelo del pasillo se va abriendo en hoyos que dejan escapar el vaho arrasante de una lava negra...

Isabel no sabe ya si sufre. Tiene frío y es frío que la quema de arriba abajo. Una rabia sorda, helada recorre su sangre. No deja de pensar en su hermana, de quererla y de odiarla conjuntamente. Y, de repente, aborrece también al marido, al que la separa de su hasta ahora siempre unida hermana. Sin él, todo seguiría como en la infancia y en la juventud primera; sin ella, todo sería hermoso y tranquilo ejercicio de amor normal y perenne.

No quisiera llegar nunca a su habitación compartida con Santiago. Se tiraría al suelo boca abajo a llorar sobre la piedra hasta hacerla sepultura. Cierra los ojos, aprieta los dientes, presta atención por si algún ruido denunciara lo que en ese instante estará haciendo María... Nada. Y este silencio mineral resuena en sus huesos candentemente. Isabel no es sino una escucha acelerada: de su corazón, de su miedo...

-Siempre que paso por Murcia vengo a comer al mismo sitio. Al «Rincón de Pepe». Aparcaré como pueda y almorzaremos. Hay tiempo de sobra. Y entre otros coches aparcados ante el hotel inmediato a la plaza de los Apóstoles, embute el suyo. Lo abandonan y entran al restorán a pocos pasos de allí, en un callejoncito estrecho y enlosado. Uno de los camareros al que ya conoce por otras estancias, Pedro, acude a prepararles buen sitio. Primero llega la jarra con vino de la casa, un Jumilla abocao que es una delicia junto a breves y frescos aperitivos.

-¿Qué vas a comer?

-Elija por mí; no prefiero nada.

Lamentable siempre, pero mucho más aquí. El menú se hace igual para ambas, sabiamente; todo es bueno y todo tiene clase. Se bebe con menos prudencia de la aconsejada, porque de alguna manera hay que llenar el tiempo. ¿Qué ocultará esta criatura y qué decidirá hacer, si es que va a hacer algo bueno? No parece tonta ni mala, pero tampoco «parecer» o no parecer significa algo definitivo.

-Pienso que lo mejor sería volver.

-¿A tu casa...?

-Eso.

-¿Y cómo vas a desenvolverte con lo que hayas dejado en ella?

-Veremos.

La contempla callada y acaba diciendo.

-Veamos, María; veamos. Dijiste que tú no sabías que al abrazarte el marido de tu hermana ibas a corresponderle muy complacida tomando tu parte en la fiesta. La verdad es que a ti te gustaba y te interesaba conocer qué encontraba tu hermana en su hombre, entregándote a él. Esto es muy viejo. El estímulo erótico ha recorrido todas las apariencias. Eres joven, de

acuerdo; no tanto como para saber íntegramente tu propia personalidad, lo suficiente para no confundirte al actuar. O eres una inconsciente o eres una... golfilla; hacer lo que hiciste y huir es tolerable, sin dejar de ser malo, por tu reacción. Lo de querer volver allí es una..., vamos, es incalificable.

La escucha sin parpadear, y sonrío al fin con suficiencia.

-¿Es usted casada? -pregunta.

-He sido casada y, a pesar de ello, tengo facultades para emitir juicio en casos como el tuyo.

-Yo deseo a Santiago. Quiero volver con él.

Se levanta y aparta su silla. El camarero acude solícito y abona la cuenta; sale sin esperarla y abre el coche.

-¿No me lleva?

-No.

-Le dije lo que siento, no lo que voy a hacer.

-Sube.

Arranca y enfila pronto el puente por donde salen en dirección al mar. En silencio. Ya, implicadas la una en la otra. Absurdo. Deplorable. No deja de reprocharse su debilidad o su tolerancia. El Puerto Cadenas se sube y baja con facilidad que hace recordar los largos años en que fue insoportable y peligroso su paso. Son varios kilómetros sin cambiar palabras. Al llegar a la desviación que indica a SAN JAVIER, dobla para tomar su dirección. Silencio. Hay árboles a los lados de la carretera, en el aire evolucionan los aviones de la Base.

-¿Hay aeropuerto, verdad?

-Sí. ¿Lo utilizarás?

-No lo sé.

-Pero ¿tienes dinero?

Abre el bolso y enseña una cartera.

-Es mío, no se lo debo a nadie. Y hay bastante para sobrevivir mientras decido lo que haré.

-Lo celebro por ti. Así eres, somos, más libres.

No puede evitar una sonrisa María:

-¿Se siente obligada su piedad a protegerme?

Se indigna con la chica:

-A protegerte, no; a tolerarte, tampoco.

-Mejor.

Las personas suelen encontrarse en muchas ocasiones ante conductas que no comprenden, ajenas y propias. En este caso, por ejemplo, ¿qué diablos puede significar para una mujer madura, cargada de experiencias, necesitada de mantenerse indiferente ante todo lo humano, esta muchacha que ha cargado con una aventura ruinosa y la refiere (sin ganas, desde luego) sin propósito de enmienda? ¿Qué va a hacer con ella al lado (el tiempo que se le antoje quedarse, claro), sin saber cómo funcionará su organismo (porque se trata de una cuestión fisiológica, sin duda) en relación con el tal Santiago...? ¿O es como un bulto que flota sobre las aguas?

-Si quieres -dice-, podemos pasar por el aeropuerto, que está en el camino, y así te enteras del horario de los aviones para Madrid y Barcelona.

-¿Por qué ahora? Tiempo habrá.

Y todo sigue lo mismo; carretera adelante pueblecitos a sus márgenes, y al final se atraviesa uno más grande para desembocar en la que llevará directamente hasta La Ribera; luego continuará para enlazar con la general de Alicante.

-Escucha. Vamos a un hotel sencillo y tranquilo en el cual suelo descansar algunas veces. Te alojarás en él cuanto tiempo se te antoje. Hay taxis para que dispongas de ellos si quieres irte. Nada tenemos en común y así lo manifestaré al llegar: te he recogido en el camino, pues te proponías venir aquí mientras preparas otro viaje.

-Sí.

Palmeras al fondo, orillas de la Mar Menor. Un giro a la izquierda y pocos metros después, se llega. Hace una tarde espléndida. El horizonte contiene la línea de una extensa Manga de tierra y de arena que separa el Mar Menor del Mediterráneo libre y grande. Barcos de velas, balandros esbeltos que no mece el viento ahora; pequeñas motoras, yates grandes para pequeños periplos; casetas de los balnearios unidas a la carretera por pasillos de tablas... Un oleaje mínimo aunque audible. Se ha llegado. Preocupadas, se miran; la jovencita coge su mochila y se la cuelga al hombro para caminar detrás de la que sube unos escalones, recorre una amplia terraza, se interna en el edificio y saluda con afecto y simpatía a quienes, cordiales, la reciben como habitual cliente.

-Mi habitación ya reservada -dice- y otra para esta joven turista que acabo de encontrar en la gasolinera y que me dijo deseaba venir aquí, ¡pero «a la moderna»!

La deja rellenando su ficha y toma el ascensor sola y sin despedirse de María.

En la habitación que habitualmente ocupa cuando viene a este hotel, Laura realiza sus acostumbrados movimientos; deshacer el equipaje, instalar las cosas en sus sitios, colgar los vestidos, etcétera. Automáticamente, pero pensando en todo lo ocurrido. Delante de sus ojos tiene ya, por fin, la mar; una pequeña mar separada del extenso mar mediterráneo, cuya gracia íntima no la fatigó nunca. Se asoma a la terracita y se siente vaharada por un aliento blando y oloroso. «Desnutrición sensitiva de mediterráneo», dijo Gabriel Miró de su estado psíquico cuando no estaba en su tierra alicantina y sí en la socarradura del verano castellano. Efectivamente, desnutrición hasta acercarse a la mar densa, purificante; y glotona nutrición cuando se acostaba una a su lado dulcemente intranquila... Laura constataba que su alimento mejor y tonificante era el olor de la mar. Se sienta frente a ella y se deja relajar siquiera brevemente. Viene a reunir esos trozos de sí misma que el avatar diario dispersó inclemente. Paz. Sosiego. Un hacer gustoso y un entregado soñar...

Cerrada la puerta, Isabel se dirigirá a su habitación conyugal. Allí estará Santiago echado en una butaca y limpiándose los ojos; los alzará

hasta los de Isabel ante él erguida, para decirle con voz rota:

-No ha pasado nada, te lo juro.

-Lo sé -contestará ella-. Ahora, no; pero... ¿antes?

-Tampoco -mentirá-. Tú bien sabes lo novelera que es tu hermana...

-Lo sé.

-... La otra noche, cuando saliste a ver a la enferma, fui a su cuarto a pedirle un libro. Estaba acostada y no sé qué se le figuró, que me echó diciéndome cosas horribles; poco después se vistió y se fue.

Isabel le mirará muy seria y sonreirá:

-¿Fue así...? -indagará con una sonrisita-. ¿No pasó más?

-No. Te lo juro.

Isabel sabe que sí, que su hermana es muy novelera; que de niña inventaba cosas que parecieran verdad sin serlo. Santiago es su marido, se quieren, llevan unos años, pocos, casados y sin una contrariedad. María es muy joven; acaso -es natural después de todo-, acaso sienta físicamente la proximidad de la pareja atareada en hacerse el amor. Santiago entrando de noche, solo en la casa, en su alcoba, despertaría cierto fondo oscuro que siempre se agazapa en el sexo. Y se equivocó. Luego, avergonzada, huyó unos días. Pero ¿a qué viene ahora eso que acaba de ocurrir? No tiene razón de ser. Como no sea, qué disparate, que se le subleva aquel fondo induciéndola a ver una rival en su propia hermana...

Se le subirá la angustia, mal dominada, a la garganta. En vano luchará contra su pena, su casi desengaño, y entonces él se levantará, la abrazará, y mientras la vaya empujando hacia el lecho, irá diciéndole:

-No quiero que nuestra felicidad se hunda por culpa de una loca chiquilla con pájaros en la cabeza...

-¡Pájaros en la cabeza...! -Riendo anormalmente Isabel esquivará la intención de su marido y se sentará en la butaca en que antes estuvo él-

¡Pájaros en la cabeza...!

Verá a través de la noche cómo se agarra a los cristales una muchedumbre de pájaros gritadores que pasarán y pasarán por delante de las ventanas, enloquecidos... Parecerá una tormenta de pájaros. Y de pronto, allí, entre todos, la cabeza de su hermana, y alborotarán el mundo oscuro y fangoso de las alcobas, de los lechos amarillentos, rojizos, escarlata, con pájaros agonizantes sobre las sábanas...

-¡Isabel, Isabel! -gritará él aterrado. Se sobrepondrá y volverá en sí.

-Bah. No te alarmes. Es que me hizo gracia que a todo lo que ha pasado le llames pájaros en la cabeza de mi hermana.

Después, rígida, se desnudará. Es menos guapa que María pero más alta y carnosa. Ágil, firme también. Se mirará en el espejo de los ojos del hombre y se encogerá de hombros.

-¿Ya no me quieres, mujer?

-¿Por qué no? -dirá acostándose-. ¿Quererte es...? Pues, sí; te quiero. Humillado otra vez, mas sin lágrimas, Santiago se acerca a ella y se mantiene junto al hermoso cuerpo frío.

Frío. Cuerpo frío que no responde al requerimiento, acaso forzado, del hombre ansioso de contemporizar. Nada lo estremece, nada lo podrá

estremecer. Un hombre exasperado por la proximidad de la mujer que le arrebatara el seso y a la cual precisamente ahora no se puede acercar más que con el pensamiento; puede, sí que puede, amar a otra, a la que tiene en sus brazos legítimamente. Pero una mujer, esta mujer que Santiago abraza y pretende arrebatarse con su arrebato, permanece impassible e imposible. Si en el pensamiento de él la imagen de la otra puede sin esfuerzo sustituir a la que estrecha locamente voluntario, en el pensamiento de ella, de la abrazada en sustitución, no hay más que una idea: su hermana, es a su hermana a la que su marido se finge poseer, no a ella; a ella no podrá volver a poseerla. No. Una mujer, ¿acaso el hombre llegó a saberlo del todo?, no se entrega si no quiere. Si piensa en otro o en otra que sustituyen con ella.

Ráfagas de bárbara desesperación traspasan a Isabel. Un Santiago ebrio de ese vino mortal que es, también en él, la desesperación, la besa, la estruja, le dice que la quiere solamente a ella... ¿A cuál «ella»?

Se esquivo, y le aleja de sí. Por un minuto casi coge su cabeza y la mantiene sobre sus ojos. Quiere ver. Ver. Y Santiago cierra sus ojos torturados por la mirada ácida de su mujer, de esta mujer que le mira hasta penetrar en su esqueleto, recorrer sus arterias, y dejarle a un lado, deshecho y llorándose en, ella, para no verle más.

La habitación está oscura, pero quien la habita no duerme. Ha intentado leer una cálida novela de Carlos Fuentes, el mejicano, y tiene que dejarla. En su memoria fulguran ráfagas alucinantes desde el pasado inocente y esperanzado, hasta el presente cargado de plomo. Pasa las manos por sus brazos y las va bajando hasta sus rodillas. Su cuerpo es joven todavía. Son jóvenes sus movimientos aún. Es joven su espíritu y densa y ágil su mente. Pero tiene miedo. Hace años que arrastra un miedo sordo, delgado y punzante miedo que la roe cuando tiene a su lado a alguien más joven en edad que ella. No quiere querer a nadie más. Ha cortado su voluntad de querer, a rajatabla. Ninguna especie de amor. Sola, pues sola. Y a dejar que la memoria se pasee por donde quiera y pueda, sin que tope con ninguna realidad nueva.

Ha venido a meterse en esta mar de su juventud, simplemente a entregarse a la mar. Sabe que le es imposible no entregarse a algo y decide hacerlo con la mar. Se corre un solo riesgo con ella...

Entran por las persianas de listones de madera las leves luces del exterior, y el más leve murmurar del chapoteo del agua allá abajo. Es una noche plana, extensa, delicada y suave noche solitaria... ¿Quiénes pueblan estas noches de la orilla marina, que nos hablan de nosotros mismos y conocen nuestros hondos misterios?

Después de aquí, a la Meseta. Nuevamente. Y la firme decisión de la evasión de todo. ¿Por qué? Vivir no se viven muchas vidas; vivir pasa pronto. ¡Ah, sí, pero la muerte viviendo es demasiado larga y dura vida! No.

Cierra los ojos y ve chispitas de luces que van y vienen debajo de los párpados. Van y vienen..., levísimas..., veloces...

-¡Laura! -llaman a su puerta.

-¡Laura, ábrame! -gritan.

Laura se dirige a la puerta y la abre ante una pobre criatura pálida y desorbitada que se precipita en sus brazos...

-¡Déjeme estar aquí, voy a volverme loca! -gime.

-¿Por qué?

Y la lleva del brazo a un sillón, cierra la puerta y se detiene ante ella.

-No se abandona una a la locura si no quiere volverse loca -dice.

-Lo sé, lo sé, pero me estalla la cabeza aunque no quiera que me estalle.

Sufro como una condenada. Me muero y no quiero vivir.

-Quieres; si no quisieras, no hubieras acudido aquí.

Le sonrío compasiva y se dispone a preparar una bebida. La mar sigue silenciosa allá enfrente, solamente turban la quietud esos coches que conductores bisoños maltratan con su impericia. Dos vasos altos muestran su dorado contenido mezclado con hielo...

-Bebamos, y a ver si recobras tu control.

-Quisiera...

Quisiera... Todos queremos querer algo que no alcanzamos plenamente. Amor, olvido, gozo, serenidad.

-Bien, ¿y qué te alteró de esta manera...?

María se arrancará el precioso camisón que casi no cubre su cuerpo, para quedarse desnuda del todo. Se mirará, frustrada, de arriba abajo, y se desesperará de la inutilidad presente de sus formas que sabe bellas y delicadas. Correrá a vestirse su pantalón azul y se endosará un jersey azul más oscuro, poniéndose un calzado semejante al que trajera. En su mochila siguen los pocos auxiliares que puso y que le bastarán para remudarse y el poco complicado arreglo de su persona. Intentará abrir la puerta y no lo conseguirá; entonces abrirá el balcón para deslizarse por él al jardincillo. Primero la mochila y luego el bolso de mano por medio de las consabidas sábanas. Después, ella. Descolgándose verá a su derecha la habitación de Isabel y Santiago; se detendrá un instante: estarán cerradas las vidrieras del balcón y no se verá nada. Seguirá hasta el suelo y recuperará sus cosas. Saldrá a la calle desierta y seguirá hasta la carretera. Un coche grandón y oscuro, viejo, pasará. Lo detendrá; conducirá un hombre vieja y a su lado irá una joven mujer...

-¿Quiere llevarme unos kilómetros? -pedirá.

-Vamos cerca, pero suba.

Subirá, claro, y pocos kilómetros más allá el coche se detendrá ante una posada.

-Nos quedamos aquí.

-Gracias.

Empezará a clarear y entrará en la fonda a tomarse un café, cualquier cosa. Luego saldrá otra vez a la carretera a esperar otro coche. No tiene ninguna idea de lo que podrá hacer. Únicamente irse. Pasará otro coche y lo detendrá también. Van en él tres hombres jóvenes. No la querrán llevar

y harán lo prudente, pensará con ironía. Esperará a otro. Esta vez será un coche con un solo hombre. Que la aceptará y que la acomodará a su lado, muy obsequioso.

-Voy a Alicante -dirá-. ¿Vienes hasta allí?

-No sé. Ya veremos.

Pero él será incapaz de rodar mucho tiempo sin proponerle algo antes de que ella decida ir o no ir con él hasta su destino.

-Oye -dirá sin mirarla-, eres muy mona y me gustas. ¿Por qué no paramos un momento y...? -se detendrá y hará un gesto indefinido... Ella, seca, le cogerá el brazo y le impondrá un frenazo.

-Pare usted aquí mismo.

-¿Parar...?

-Bueno, abriré la puerta y saltaré.

A él le darán ganas de que lo haga; tan contrariado se siente; se dominará e irá deteniendo suavemente el coche. No podrá remediar el manifestarse grosero:

-Te creías que estos viajecitos se hacen de balde, ¿eh? ¡Pues deberías saber que no!

Y casi cuando ella esté pisando el suelo, arrancará violento medio tirándola. Se tambaleará hasta conseguir el equilibrio y se echará a reír. Unos tan escasos y otros tan sobrantes, pensará con asco. Ya habrá luz en el horizonte, luz del día, y decidirá sentarse en uno de los mojones indicadores de distancias. Con rapidez subirá el sol su cuesta de cielo, enrojeciéndolo.

María verá a la pareja que dejó en su casa, haciéndose el amor. Isabel es una mujer de temperamento y su marido...; ya no creerá en él, no le concederá el menor instinto amoroso. Le verá ruin, cobarde, incapaz de decidirse por lo que, según él, desea más. ¿Y si no es ella lo que más deseara él? Pruebas dio. ¿Pruebas? Miedo al escándalo, miedo a lo que Isabel pudiere hacer. El sol ya se instaló en su órbita, como todos los días. Éste es un hecho que a María la desconcertaba de niña: ¿mañana habrá sol otra vez?, se preguntaba ansiosa. Y al comprobarlo, crecía su desconcierto. No faltaba nunca el sol en el cielo, ningún día: la lluvia no era que el sol no estuviera en su sitio, porque la lluvia caía por debajo del sol.

María sonreirá sin advertirlo y ahincará su pensamiento en lo que le ha ocurrido. No se le ocurrirá pensar que deberá resolverse la vida si, como es lógico, no va a regresar a su casa. El trauma sufrido sigue obnubilándola. Los ojos interiores sólo verán cómo un hombre y una mujer se abrazan, se separan, vuelven a juntarse... Se levantará de un salto y dirá unas malas palabras. Precisamente entonces aparecerá un coche que no va rápido. Detendrá su marcha la conductora (una mujer de unos cuarenta y tantos años), y le dirá deteniéndose:

-¿Quieres subir?

-Sí.

El coche es muy confortable y se respira el ambiente propio de una mujer cuidada y de refinado gusto. María se encuentra súbitamente bien

acomodada, como si el solo hecho de meterse en el coche hubiera barrido de momento su inquietud interior que acababa de verterse en unas malas palabras... La conductora tendrá unos cuarenta y pocos años más y va muy segura de sí misma al volante. Vestida con ropa de tonos claros, calzada con zapatos oscuros como el bolsillo que antes iba a su lado y ahora ha puesto en el asiento trasero, toda ella sencilla y, sin embargo, con clase, a la chica le es simpática y, cosa rara en quien anda tan alborotada por dentro, le produce tranquilidad y confianza. Porque la voz de esta mujer emite radiaciones densas y un tanto opacas, pero firmes como su pulso y su talante.

¿Adónde irá? Es la carretera de Levante, y como han pasado del punto distribuidor el coche camina hacia Murcia; seguro. María no piensa en la dirección exacta, pero le da igual. Ante ella existía el propósito de irse a cualquier parte del mundo con tal que la alejara de aquel de donde procedía. Vuelve la cabeza y mira con desgana su mochila, tan breve, y sonríe. Junto al bolsillo de cara piel de la dueña del coche, hace un triste papel de humildad barata.

No van aprisa, no; como si la conductora quisiera ir oyendo los pensamientos de su inesperada acompañante. ¡Qué cargado vibra el silencio de palabras y cuán difícil será empezar a hablar! ¿Y si no fuere necesario otorgar las dóciles palabras que intentaran explicarlo todo...? De momento, basta con relajarse y mirar por donde avanzan: carretera llana, sin nada que atraiga la atención y, de tarde en tarde, una pequeña familia de árboles lejanos. Pronto, sin embargo, los hallará tan hermosos y robustos que sus ojos agradecerán la sombra que derraman.

¿Quieres subir?, le preguntaron, deteniéndose un instante. Y dijo que sí, que sí quería subir. Y subió en paz porque ya se iba cansando de esperar coches que le infundieran confianza. Era una señora, claro, se vio en el acto, y en sus ojos oscuros y nobles se humedecía una suave piedad por la muchacha al borde del camino...

Deja el vaso sobre la mesa y vuelve a plañir. No se ha quitado el pantalón ni el jersey y va descalza. Tiene unos pies tan intactos como los ojos. Ni anduvieron pedregales ni vieron nada real. Laura la deja que se queje como si le dolieran las entrañas, y espera el indudable chorro de su voz -Los veo a cada instante, los veo, los oigo, huelo hasta el sudor de sus cuerpos incrustados. No puedo aguantarlo. Tendré que separarlos aunque sea con un cuchillo. Es verdad que aborrecía a mi hermana desde que conoció a Santiago. Antes, él me miraba a mí; pero desde que se hizo con ella no volvía a decirme palabra. Yo sufría cuando eran novios y más, cuánto más, después de casarse. Se empeñaron en que viviéramos juntos, en la misma casa. Odioso, aborrecible. Por eso, cuando él entró y me cogió entre sus brazos apretándome hasta ahogarme, me entró una alegría enorme. Ya era mío, no volvería a mi hermana. Después comprendí que era imposible seguir viviendo bajo el mismo techo y me escapé. Me estoy escapando de allí a cada momento y vuelvo constantemente. ¿Qué hacer? ¡Yo quiero separarlos, con un cuchillo si es preciso! Separarlos y hundirlo a él en mi cuerpo hasta que se me muera dentro.

Laura tiene muy olvidado, voluntaria y obstinadamente, el lenguaje de la carne. Laura se mantiene fría, apartada y, sin embargo, comienzan a hurgar en su espalda miles de agujas finísimas que irradian quemazón hasta el pecho, el vientre, las piernas; un agobio el acoso. Y se levanta y se va al balcón. No quiere oír más.

-Me estoy volviendo loca de deseo y de hambre. Nunca me sentí, enamorada y todo como estaba, tan hecha de brasas como ahora lo estoy. ¿Por qué, por qué?

Se vuelve a ella y le dice:

-Porque odias a tu hermana y le quieres quitar su marido. Los jóvenes sois así: crueles, egoístas, como lobos en busca de su comida, pisoteándolo todo. Lobos sois, los jóvenes. Tú eres una loba.

-¿Y ella no? ¿Ella, guardándose su marido, encerrándose para que pueda ser suyo solamente, qué es? -barbota.

-Su mujer. Tiene derecho. No se lo quitó a otra.

-¡A mí me lo está quitando, a mí sí que me lo quita!

Laura se ha puesto a ordenar cosas en su habitación frente a la mar. Está agitada, furiosa consigo, ¿por qué tiene que aguantar a esta histérica erótica clamante? Piedad, repulsión ante tan absurdo problema, cansancio... Los libros, uno por uno; un manojo de cartas, cigarrillos, bolígrafos...

-¿Qué palabras son ésas tan repugnantes para el amor?; ¿que tiene derecho...! ¡Cómo se ve que usted...!

-Pero calla la apostrofante boca una mano fría y dura de Laura.

-Oye, criatura: vas a callarte, a tomar un calmante y a dormir procurando dominar esta histeria fisiológica, pues nada de espiritual tiene lo que te ocurre. Y mañana, fresca ya si logras reanimar tu moral, vas a dejarme en paz y libre de un conflicto que no me atañe y al cual me veo sujeta por el mero hecho de haberte dado acceso a mi coche.

-Sí, sí. Usted me invitó a subir -afirma asombrada de oírla.

-Te invité a subir admitiendo que te ayudaba, pero no por ello me vas a echar encima un peso atroz con tu monomanía amorosa. No te conocía hace unas horas y quiero olvidarte. Confío en que sabrás arreglártelas sola y decidir, por fin, lo que estás obligada a hacer.

¿La oye? Mirarla, por lo menos, la está mirando fijamente. Sus ojos, hermosos, abiertos, transparentes, están viendo otro mundo. Y Laura suspira dejándose caer en la cama, ahíta de muchacha y de absurdidad.

-Con un cuchillo tendré que separarlos; meteré entre los dos un cuchillo para despegarlos; yo no puedo soportar que se unan, que se junten. No puedo, no puedo -y se pone a girar por la habitación, a girar como una hipnotizada obedeciendo a la mente de alguien que manda desde lo oscuro.

¿Qué pasa en ella; loca, sincera y normal aunque alterada por su choque con la pasión desatada? ¿Qué hacer con ella, Señor? Con la ira se juntan la compasión y un sentimiento de responsabilidad comprometida por el azar. Si la echa de una vez, ¿qué hará? Al borde de la mar Laura está viéndola flotar, desconocida y víctima de no sabe qué ataque diabólico en nombre del deseo. La postal de la Ahogada del Sena se planta en su memoria una muchacha jovencísima, con una lágrima como una cresta entre sus pestañas, flotando sin que nadie, jamás, la identificara... Imposible abandonarla..., y sin saber qué hacer con ella.

Se incorpora y la atrae hacia sí con blandura. La está mirando y no parece que la vea.

-Ven, échate y descansa. Mañana decidiremos lo menos malo para ti. Acuéstate.

Se levanta y la arroja con una colcha fina; no intenta despojarla de una ropa ajada y ya no limpia. Coge un libro, enciende un cigarrillo y se dispone a pasar la noche en vela...

Antes, mira hacia la pequeña mar que tiene enfrente. Una luz irreal cae sobre el agua y la mueve sigilosamente. Atronadores grillos ordenan sus chirridos perforantes y le recuerdan (¡qué herejía!) a Bach; una fuga de Bach inacabable. Disparate tras disparate. María ha cerrado los ojos y empieza a espaciar sus respiraciones... Laura recuerda un suceso reciente que casi presenció: al pueblo de la sierra de Guadarrama en donde suele pasar temporadas, acudieron un domingo del verano recientemente pasado, cinco personas que no se conocían: dos ancianas y un matrimonio joven con un hijo pequeño. Las primeras venían a pasar el fin de semana en casa de unos familiares; los segundos, procedentes del Norte, invitados también por unos amigos, como no tenían coche alquilaron en Madrid uno para así aceptar. Fue en la tarde del domingo y en la plaza bullente de los que bajaban del Puerto y merendaban alegremente. Las dos ancianas se dispusieron a salir con sus familiares a dar un paseo por la plaza. El niño del matrimonio se pone súbitamente enfermo con fiebre alta. Hay un llamado Centro Rural de Higiene y le llevan a él para que le vea el médico. Las ancianas ya van camino de la plaza. El médico dice que no es grave y receta algo que alivie al niño. Las ancianas se van acercando a un callejoncito que desemboca en la plaza. La madre del niño está muy nerviosa y conduce, quizá, con poca seguridad y se dirige hacia aquel callejoncito justo cuando las dos ancianas entran en él... Las atropella. Las destroza contra una pared. Barullo. Conducen a las desdichadas al Centro Rural de Higiene, y allí el médico, asustado, sin medios para afrontar aquello, las compone como puede y llama a una ambulancia de las que en la próxima carretera montan guardia los temibles días de fiesta. Se las llevan a Madrid. Fallecen por el camino, claro. Tan maltrechas, cincuenta kilómetros por una carretera repleta...

Una tragedia preparada por el destino minuciosamente. Atrae a la sierra a tres mujeres: dos para ir a morir; una, para matarlas. Todo, pues lo parece, ¿preparado en este mundo para que unos se encuentren determinadamente y otros se separen igual...? Impresionada, Laura sonrío para sí recordando la explicación de los hechos que le dio el médico del Centro Rural de Higiene: «...estaban tan mal, tan mal, que yo deseaba que se las llevaran pronto en la ambulancia. Porque si se me mueren aquí, me hubiera visto obligado a hacerles la autopsia...». Claro que el médico también estaba enfermo por su parte.

Clarea. El sol sale en la misma mar, no en el cielo; porque en el cielo lo velan unos celajes y es el agua la que se tiñe de sol rojísimo y apresurado.

Sin hacer ruido Laura extrae su bañador de la abierta maleta, se lo endosa y sale camino de esta mar casi escarlata y suave, quieta, que la recibirá como ella se le entrega.

María duerme sosegadamente y parece una jovencita pura, exenta, extendida

en un lienzo al que solo le faltan flores de Botticelli para completar la primavera de la vida.

La primavera de la vida..., ¿es eso la juventud realmente? El poeta Juan Ramón Jiménez la llamó la edad media y no precisamente porque estuviera a la mitad, entre la infancia y la madurez de la vida...

El rostro de María no dice nada de sus penas ni de sus iras: es un rostro de durmiente apacible, soñante, lejanísimo. La frente está lisa, fresca, y a sus sienes asoman cabellos como frágiles ramillas de yerba tierna. La boca no retiene la crispada emoción de los besos recibidos y dados, es una boca serena que aún no ha quemado el fuego de los suspiros. Y el mentón es perfecto, redondeado levemente, minuto claro entre el cuello desnudo y el pecho, que parece inmóvil.

Sueña. Y no con angustia. Duerme cansada y no acusa lo que hierve en las entrañas del sueño por un instante apaciguado. Hay una tregua sagrada entre la realidad y el reposo. El cielo invisible se comba protegiendo a la durmiente. Despertará con ramas coloradas en las manos, se sobresaltará al comprobarse viva y con recuerdos tan próximos, que aquellas ramas arderán llenándola de cenizas. De momento, duerme.

Santiago se habrá quedado lívido al comprobar que María ha huido de su habitación, previamente cerrada por Isabel. Gritará por la casa:

-¡Isabel, tu hermana se ha escapado!

Se mirarán recelosos y trastornados a un tiempo. A ella, al principio, la alegrará la noticia. Después de todo, ¿qué iba a hacer con María? Luego, la preocupación del marido acabará por inquietarla.

-Se ha ido, ¿y qué? Allá ella, conflictos que nos quitamos.

-Pero no es verdadera su voz sino fingida, dentro de la voz hay angustia y miedo.

-No debiste encerrarla. La trataste dura -objetará él.

-¿Dura, eh? ¡Si acabarás por sentirlo, si estarás de acuerdo con ella, la muy...!

-Sosiégate, mujer. Deja tus celos aparte. Es una cría sin experiencia, nunca tuvo amigos ni amigas; siempre a tu lado, contigo.

-Entonces, ¿soy yo la responsable?

-¿Responsable de qué? Yo sólo te digo que no la trataste como hermana mayor suya, sino como enemiga.

-Por ti, Santiago; por tu causa. María es ya una mujer no una niña; está enamorada de ti. Lo sé. Lo he visto.

Error. A un hombre no le molestará nunca que se esté enamorada de él. Al contrario. Inútil buscar un efecto negativo ante tal revelación. Isabel cometerá una tontería confesándole lo que él ya sabe por sí mismo y a fondo.

-Sea o no cierto lo que dices -argüirá-, debiste tratarla de otra manera.

- ¡Vamos! ¿Compartirte con ella, verdad? Eres un irresponsable.

-Aunque lo fuera, te digo que estas cuestiones es mejor resolverlas con

tacto, sin furia. Algo así como comprendiéndolas...

Le mirará estupefacta. Santiago es un buen mozo, un hombre bien hecho, atractivo y dulce que de pronto se pondrá serio y áspero para reconvenirla. Isabel siente deseos de abrazarse a él y calmarlo con sus besos.

-No -dirá él-. No.

-¿Entonces...? -a punto de llorar.

-Hay que encontrar a la chica.

Se soliviantará escocida por los celos:

-¿Buscarla dices?

-Buscarla.

-¿Y tenerla aquí contigo, hecha un ascua por ti?

-No seas insensata. Olvida eso. Es una menor y tenemos la responsabilidad de su vida.

Se aterrará:

-¿Temes...?

-De una criatura tan exaltada lo temo todo. Le soltará sin darse cuenta; confesará, al decirlo, que conoce bien las posibilidades de María ante los acontecimientos.

-Sí. Insisto en ello: temo que haga un disparate.

-¿Crees que se suicide?

-Sí.

Iracunda otra vez, chillará:

-¿Tanto sabes que te quiere?

Sin poder disimular su desagrado, el hombre irá diciéndole:

-Escúchame. No se trata de que me quiera o no; podría ser un fenómeno propio de su edad y circunstancias. Pero no se la puede abandonar a su arbitrio, a su falta de control, a su no dominio de sus pasiones o caprichos o errores, Isabel. Es una cría y tú no lo eres ni yo tampoco.

Se le acercará sibilina, mordiendo lo que dirá:

-No, tú no lo eres. Tú eres un hombre y ella te gusta; a ella la habrás tomado ya o esperas tomarla en mi propia casa y sin molestarte lo más mínimo. ¡Anda y búscala tú, su amante! Yo me quedaré aquí. Sin los dos. Santiago se estremecerá, se hará daño en los puños de apretarlos tantísimo. Replicará:

-Isabel, Isabel, tú no conoces el amor desesperado, a ti te lo ha ido dando todo la vida tranquilamente y por eso ignoras el dolor de querer o de tener lo que no es tuyo ni podría serlo jamás de una vez. Trata de comprender, de sentir piedad por tu hermana. Ayúdala, Isabel. Yo me iré de aquí hasta que consigas curarla.

Admitirá que es verdad que ellos dos se quieren, pues tiene un enorme miedo a que María se quite la vida o haga una barbaridad no tan grande como sería aquella.

-Anda, tranquilízate. Ven conmigo a buscarla y cuando la encontremos yo me iré de viaje hasta que tú me llames.

Llorará ella sin consuelo, la cabeza confusa y el alma helada.

-¿Por qué, Dios mío, por qué? ¿Por qué he de buscarla y traerla, para que tú te vayas y me vea sin ninguno a mi lado ya para siempre?

-El destino no se elige. Yo no lo elegí. Ella tampoco. Tú, por lo menos, eres mi mujer.

-¡Y qué me importa serlo si hay otra de mi sangre que te quiere y a la que quieres tú también!

Él la compadecerá. No se compadecerá de sí, no; se desprecia. A pesar de que no perderá nunca el calor que guardará su pecho del pecho de María, la suavidad de sus pestañas rozándole los besos, la atropellada calentura de su boca debajo de la suya. Quisiera cerrar los ojos y saberse dormido en un sueño al que por mucho que sacudan las pesadillas, no deja de ser un sueño...

-Iré solo -afirmará- a decirle a la Policía que María se ha ido de casa sin comunicárnoslo. Para que la busquen.

Isabel habrá logrado recapacitar hasta poder aceptarlo.

-Voy contigo. Es mi hermana.

Y saldrán juntos.

Las calles del pueblo, ateridas de ansiedad. Juntos, pero no unidos. El brazo de Isabel ha rechazado ásperamente la mano de Santiago intentando asirlo. No es posible aparentar una marcha normal hacia algún sitio, sino el avance de dos que andan automáticamente y desprendidos por dentro y por fuera de lo que les unía.

Todas las cosas que pueden pensarse, ¡y cuántas son!, las van pensando cada uno a solas consigo. Hay amargura y la ira no está ausente; hay miedo y la vergüenza tampoco le es extraña; hay dolor, mucho dolor y una sorda desesperación conjunta, eso sí.

-Déjame hablar primero, Isabel; soy yo el que debe hacer la denuncia.

-Como quieras.

-Somos sus tutores.

-Éramos.

-No podemos rechazarlo.

-¡Es ella la que ha rechazado eso que tú llamas tutela!

-Sin embargo...

-Cállate.

Y un silencio es lo que los dos adoptan, como a un hijo forzoso, para poder llegar a su destino.

Laura está sola en el amanecer sobre el agua transparente, densa de sales, que no se mueve en absoluto. Es una mar que, en donde ella se baña, casi carece de arena. Enfrente, sí; a toneladas, millones de toneladas de arena hay en La Manga. Pero a Laura le gusta venir a la orilla del Mar Menor porque le trae recuerdos de juventud y de amor, de esperanzas. Y aunque suele recorrer toda esta dichosa y palestiniiana región, recalca en un pequeño hotel grato, limpio, con gentes buenas y sencillas a las que ha llegado a apreciar. Sus días en él fueron siempre tranquilos y contemplativos. A su naturaleza sobresaltada le hace bien esta paz sin solemnidades. Ahora..., da unas brazadas y se aleja más allá de la boya, se sigue haciendo pie aunque el volumen del agua se densifica. Está irritada con la situación creada por una cuestión que parecía

intrascendente. Siente piedad por sí misma y se indigna. ¡Pero ella tiene ya tanta necesidad de paz! En definitiva, que la chica se vaya y resuelva el lío de su vida como sepa y pueda. La dejará en el hotel y se irá ella a otro sitio. A La Manga. Desentendiéndose de todo lo que en definitiva no tiene por qué afectarla.

Nada muy poco, el agua la mantiene como un regazo; flota mirando al cielo y el sol la cubre con suavidad. Si se hiciera sobre la tierra esto, dejarse en brazos de la fuerza sin resistirla, ¿se acertaría? Hay que desalojar el pensamiento, dejarlo en blanco, chupar de la memoria su oscuro jugo, a veces alimenticio, y flotar..., flotar. Ya el sol es más persistente en su caricia, la mañana entra con sus grandes velas desplegadas. Unos barquitos hasta ahora invisibles se destacan cerca de La Manga. Por la carretera pasan motocicletas con obreros que acuden al trabajo, autocares, camionetas... Cuando no cantan los grillos lo hacen las máquinas. A la mar llega el sonido bastante diluido. En las casas aturde. Es lo malo; lo único casi, del lugar elegido. Su ruido permanente en determinadas horas.

En la habitación de Laura, María abre los ojos. Todavía un poco aturdida, intenta recordar hasta este momento. Cuando lo consigue se levanta y se va a su habitación. Recoge lo poco que sacó de su mochila y se dispone a irse. Se lava los ojos y se arregla, o algo parecido, el cabello. Sin pensar en desayunar ni dejarle una nota a Laura, baja al vestíbulo. No encuentra a nadie en su camino y desciende la escalera de la espaciosa entrada. El conserje de noche debe de estar preparándose algún café en su vigilia.

Baja otra escalera y sale a la carretera. No. Allí no esperará a ninguno de los coches que crucen. Andará un kilómetro y lo hará entonces. Hay cerca una gasolinera, en el cruce de las carreteras Alicante, Murcia, Cartagena. Cuando inicia sus pasos, Laura le grita desde la pasarela del balneario:

-¡María!

Vuelve la cabeza y le hace adiós con la mano. Sigue andando. Y entonces Laura, en bañador y descalza, cruza la carretera, corre por el polvoriento espacio y consigue (¿se iba demorando la chica?) alcanzarla:

-¿Adónde vas, criatura? -le grita jadeante.

Y la coge del brazo libre y se la lleva al hotel. Tampoco hay gente todavía en el vestíbulo; pueden tomar el ascensor sin que las vea nadie.

Ante la puerta de la habitación de María, Laura la empuja con ternura:

-Anda, hija; báñate y ponte limpia. Desayunaremos juntas. Te esperaré.

Y la deja para acudir a su cuarto y hacer ella otro tanto.

Lo harán todo, juntos. Acudirán a la Policía y denunciarán la ausencia de María: «Es una chica algo alocada -dirán-, que se enfadó o se le ocurrió irse, simplemente, para hacer lo que ahora llaman "su vida". No. No sabemos adónde habrá ido. Suponemos que haya hecho eso que se dice "autostop", porque no tendrá mucho dinero y a la hora que se fue no pasan trenes. ¡Y no se iría andando!».

Escuchará el comisario, deferente pero indiferente; es uno de los cientos

de casos que ahora se llevan entre jóvenes. Y dirá que sí, que procurarán dar con la chica, pero que no será sencillo pues España es grande, etc. Volverán a la casa juntos. Inmensamente separados por dentro a causa de María. Santiago estará dolido e inquieto reprochándose sin duda su irrupción en el cuerpo joven y suave, inocente físico de lo que él le hizo. Isabel, que lo sospecha todo y lo agrandan sus celos, se mantendrá rígida y sangrante a cualquier contacto verbal.

-Hicimos lo debido -afirmará él, sentándose y abriendo un periódico que lo oculte a la mirada fija de ella.

-No la encontrarán -afirmará Isabel.

-Tienen pocos datos, desde luego; a no ser que publiquen su fotografía.

-¿Lo harán?

-Es posible.

-¡Qué escándalo!

-¿Escándalo...? Sí, eso sí; pero ¿y si no la encuentran de otro modo?

Ella le apartará el periódico para mirarle a los ojos...

-Y tú quieres que la encuentren, ¿verdad?

Santiago alzará los ojos para mirar al techo y encontrar en él fuerzas de protesta:

-¡Claro que quiero, claro! ¿Y tú no?

Isabel le volverá la espalda despreciativamente. ¿Qué le iría a contestar?

No se encuentran fuerzas, por su parte, en ningún techo ni suelo cuando se trata de celos, de bien justificados celos. Seguirá caminando hasta salir de la estancia en que su marido fingirá leer un periódico absurdo, para echarse en la cama y hundir la cara en la almohada y llorar hiel y

vinagre.

El hombre admitirá que el comisario publique el retrato de María; él mismo se lo dejó sobre la mesa para su identificación. ¿Y si la encontraran... querrá ella regresar a casa de su hermana y admitirá callar lo que le ocurrió con Santiago? Se le eriza el cabello al pensarlo. No la quiere hasta el punto de abandonarlo todo por ella, no; eso no. Y ya ve que María no aceptaría una convivencia vergonzante. Mejor sería que no volviera. ¿Y si no hubieran denunciado su huida? Fue un error. Eso, sin embargo, era admitir ante Isabel su propia culpabilidad en relación con la escapatoria de María.

Dejará el periódico violentamente y encenderá un cigarrillo. La cosa es que a él le gusta, le entusiasma la muchacha. ¿Cómo haría para no perderla del todo? Acaso se avenga a regresar -si la encuentran- y eche tierra sobre lo habido. Pero ¿y si no la encuentran...; y si se ha...? Para en seco, rugientes sus arterias. ¡No! Tiene que estar con vida. Imposible que su desaparición la haya impulsado a cometer nada contra ella misma. Oirá pasos precipitados. ¿Vienen a decirle que María se quitó la vida? No. Es Isabel, desesperada, que se le echa encima, que le abraza casi inconsciente:

-¡No puedo vivir sin ti, no puedo vivir sin ti! -gritará, y él tendrá que abrazarla piadoso y hasta acariciar su cabeza con ternura.

Luego, separándose, se asomará al balcón a mirar los árboles y a oírlos resonar llenos de pájaros, y ella volverá a sus quehaceres intentando que absorban una atención de la cual carece, como no sea para pensar en su desdicha. Porque Isabel sabe que su hermana y su marido han sido un solo

ser delirante durante unos siglos -minutos, ¡pero siglos!-, y eso la roe como un agua fuerte comiéndose el oro que no es oro aunque lo aparente. -No puedo vivir sin él; me moriría, me volvería loca si lo perdiera -se dice-. Sería capaz de todo, hasta de aguantarla a ella cerca, con tal de que él no se me fuera.

Pesará el tiempo. Pesará el aire.

Todo será denso y gravitante sobre los dos.

Ni una exhalación podría partir el bloque de basalto que los aplastará si se mueven para respirar.

Como se la lleva, por fin, a La Manga, Laura puede intentar en aquel medio desierto hablar con María despacio. Pasean cerca de la arena, rubia, finísima arena que amenaza con desparramarse sobre el asfalto -alguna vez lo hace- y apoderarse de esta urbanización atrevida que la separa a rajatabla de cuanto terreno era suyo. Como en las selvas. Si no se tienen dispuestos los machetes para tajar el avance vegetal, las plantas -la arena- avanzan implacablemente y todo lo señorean. El aire es blando, tal un lienzo impalpable que acaricia el rostro y la cabeza despeinándola con dulzura...

-Si no vas a volver, ya comprendo tus razones, ¿por qué huías esta mañana?

-Al despertar me abrumó saber que pesaba sobre usted, que nada tiene que ver en este asunto mío.

-Dejémoslo. El destino tiene sus manías. Formas parte, al parecer, de una de ellas. Puedes quedarte a mi lado mientras resuelves lo que harás, te lo dije. Porque tendrás que hacer algo para manejar tu existencia, naturalmente.

-Lo sé.

-Bien. Ahora, tranquilízate. ¿Por qué no me cuentas algo de ti antes que te pasara esto?

-No siento el menor interés por hablar de mí misma.

-A mí me gustaría conocerte.

-Soy como me está viendo.

-Por fuera, sí.

-¿Por dentro...? ¡Bah! No valgo nada.

Laura sonrío. Le es grata María por fuera y se la imagina por dentro. Pero lo que está intentando es ayudarla a descargarse de ella misma. A neutralizarse. Para enfrentar mejor el futuro.

-No se trata de valer o no valer. Se trata de ser -dice.

-Pues soy... -se detiene. Realmente nunca se detuvo a saber qué era ella, qué la compone, para estar en el presente-. Creo que no soy nada -afirma débilmente-. Nada que valga la pena para que alguien se interese por mí.

-Eso no lo sabemos nunca nosotros mismos. Nuestra misión es ser y estar. Lo que resulte de aquello o de esto es lo que debemos juzgar para continuar siendo.

La chica sonrío y sigue andando -descalza- por la arena. Se han ido apartando del asfalto para aproximarse a la mar libre y revuelta. Hay grandes barcos en el horizonte. Viento que va aumentando...

-¿Sois más hermanos?

-No.

-¿Hace tiempo que murieron vuestros padres?

-Sí.

-¿Has estudiado? ¿Qué sabes?

-Nada. O muy poco.

-Aprende.

Aprende. Olvida. Inventa. En realidad no es sólo cuestión de arte, sino de vida también. Se vive. Se olvida. Se vuelve a vivir... Es el ciclo infinito. Aplastante. Vivificador. Y otra vez lo otro. Laura suspira y cierra los ojos. La luz hace de su figura una fugaz piedra que la resuena. Reanuda el paso...

-Vas a decirme el nombre completo de tu hermana y su dirección. Yo le comunicaré que estás conmigo sana y salva.

-¿Para qué?

-Porque deben estar locos sin saber qué ha sido de ti.

-¡Bah!

-La irresponsabilidad como venganza es francamente vana.

-No me preocupa.

-A mí, sí. Desde el momento en que te retengo hasta que te vayas, necesito dar explicaciones de lo que pasa.

-No volveré jamás allí.

-No hará falta.

-Intentarán convencerla para que vuelva con ellos.

-¿Por qué, si tú no quieres hacerlo?

-Soy menor.

-Lo arreglaremos. Por las buenas. Cuando me explique con ellos comprenderán que puedo hacerme cargo de ti.

La mira de frente. Por vez primera la mira y quiere conocerla.

-¿Quién es usted? -le pregunta.

-Mi posición en el mundo me acredita para que puedan confiarte a mí.

-¿Y si yo no quiero?

-Pues te vas y hemos terminado. Están al borde del agua. Laura se descalza y avanza para que las olas menudas y espumosas posean sus pies y rodeen sus tobillos.

María se sienta en la piedra que se mantiene sola al arrimo del agua. Mete las manos entre la arena y saca conchas y piedrecillas que el mar transforma en fabulosas al mojarlas...

-No merezco que usted se ocupe de mí. Soy rebelde, no tengo más deseo que el de pertenecer a Santiago. No soy capaz de querer a quien no sea él.

-No necesito que me quieras. Ni que me aborrezcas. Eres tú la que necesitas que te quiera alguien a cambio de nada.

-¿Para qué?

No lo sabe. Nunca supo ningún para qué, sino de muchísimos porque sí.

-Para nada. (¡Ah el recuerdo mironiano!) Por todo. Por nada. Porque sí.

Y se ríe alegremente. La muchacha sonrío a su vez y luego sigue su tarea con la arena: hurgarla, amontonarla, y dejarla que caiga infatigablemente debajo del mar.

La arena. ¿Alguien pensó en el destino de la arena? Es una acumulación infinitesimal de siglos de vidas, de millones de edificaciones levantadas para la vida y para la muerte. En las manos de María la arena parece una montaña licuándose en vívido chorro salado y ella juega sin pensar en lo que antes fue la arena, despreocupada de que sirve para cubrir y asfixiar mejor que la mar misma. Le sonrío a Laura, que la contempla preocupada, y sigue su tarea como un rito inacabable...

-Vámonos ya...

-¿Por qué?

-Debo hacer lo que te anuncié que haría.

-¿Qué prisa tiene? Yo estoy bien aquí.

-Puede, pero yo no lo estoy ni lo estaré hasta que no se haya resuelto tu enredo, hija mía.

Se deja atrás la arena, se pisa nuevamente el asfalto, extraño e insólito en aquel sitio... Extranjeros de ambos sexos pueblan La Manga, viven en ella como quizá no lo hagan en sus propios países, tan despreocupadamente. El coche recorre unos kilómetros cerca del agua, y luego se mete tierra adentro para volver a orillar la Mar Menor.

-Me gustaría no recordar nada anterior a este momento, ser arena en la mano grande de Dios y que esa mano me fuera vertiendo despacito, despacito al fondo del mar. No saber. No pensar.

-¿Y no amar...?

-Y no haber empezado a amar.

Al llegar al hotel, Laura recoge la prensa. Distraída la mira mientras María se dirige a su habitación. Lee los titulares y vuelve lentamente las hojas... En un recuadro está el retrato de María y a su pie se lee: «Esta joven, menor de edad, desapareció de su domicilio... Se ruega a ella o a quien la reconozca, tenga a bien avisar su paradero al teléfono....».

Rápidamente se une a María, que se ha detenido mirando unas postales cerca del ascensor, y le indica:

-Sígueme.

Ambas llegan al piso y, cerrando la puerta de su habitación, Laura le muestra el periódico con su fotografía, diciéndole mientras lo lee:

-¿Ves cómo era preciso tomar una resolución? No sería grato que alguien te reconociera y avisara a la policía tu paradero.

La muchacha está indignada:

-¿Cómo se atreverán a hacerme esto? -grita casi.

-Lo considero lógico ya que no has dado señales de vida.

-¡Ni las pienso dar!

-Te contradigo: las daré yo y llegaremos a un acuerdo con ellos. No puedes disponer de ti aún. Fíjate que se proclama que eres menor de edad.

-Comprendo -asiente. Y se deja caer en un sillón cerrando los ojos brillantes de ira-: Me buscan como si fuera una delincuente, y si me encuentran me despedazarán, cada cual a su manera.

Y ante la mirada interrogativa de Laura:

-Haga usted lo que quiera.

Laura la compadece y se encoge de hombros. Por su parte preferiría no someter a la muchacha a la tortura que la espera cuando vuelva a su casa, pero es imposible evitarlo de momento.

-Vete a tu habitación -le pide- y espera que te diga lo que hice.

María sale abrumada y Laura cierra la puerta para disponerse a actuar. Toma el teléfono y pide comunicación directa con el que figura en el aviso judicial. Mientras espera que la reclamen, se acerca a la ventana: desde ella se ve el faro de Cabo de Palos, dentro de su imaginación...; seguro que el viento lo cimbreaba. El mar aumentó su oleaje y en el cielo se forman nubarrones espesos. No es lluvia, no; es tormenta seca la que se va formando... De repente va a la habitación de María, para preguntarle:
-Oye, ¿ese teléfono es el de tu casa?

-No.

-Entonces será el de la policía.

-Seguramente.

Retorna a su habitación y a poco suena el teléfono:

-Es su conferencia, señora.

-Gracias. Llamo desde...; ¿podría hablar con su jefe? -pregunta admitiendo ya que es el teléfono de una Comisaría.

-Soy el comisario, señora.

-Gracias. Oiga, comisario, contesto al aviso que figura en la prensa de hoy acerca de una joven que desapareció de su domicilio y por cuyo paradero se interesan sus familiares.

-Dígame, por favor.

-Bien, esa joven...

María ha entrado y escucha desde el umbral. Escucha sin escuchar realmente. Se ha inhibido. Llega el ruido del viento, de la mar, de las palabras... Pero ella besa y es besada, poseída, triturada... Y llora. Laura cuelga el aparato. Entonces la ve allí enmarcada por la puerta abierta al pasillo. Es una ausente total. Ni un rasgo de su fisonomía se altera mientras llora silenciosamente. Se diría congelada por el tumulto de la tormenta que, fría y revuelta, va tronando por el cielo. Compadecida a su pesar se acerca a María y la atrae hacia sí mientras cierra la puerta que quiere sorberse el viento. Tan rígida está la joven, que no es fácil llevarla a una silla y hacerla sentarse.

-Era inevitable, no podíamos exponernos a que te detuviera la autoridad cumpliendo con su deber ante la denuncia de tus tutores. Todo se arreglará, te lo aseguro, si haces lo que deberás hacer para librarte de ellos y librarlos de ti a la vez. No te entregues a semejante estado. La vida es demasiado rica y te dará mejores dichas, créeme.

Lágrimas heladas, miembros rígidos, ausencia de control...

-¡Criatura...! -susurra Laura en su oído-. ¡Criatura...! ¡Si todavía es éste tu dolor primero...!

Se presentará sola, pues Laura no quiere inmiscuirse en todo lo que le ha caído encima; escogerá la noche para evitar que la reconozcan en su ciudad angosta y opresiva. Llamará a la puerta -no se llevó las llaves- y abrirá Isabel que la estará esperando desde que se fue de la casa, ¡y deseando que no llegue nunca!

-¡Ah, eres tú! -dirá con acento agrio.

-Vengo porque me reclamasteis -contestará.

-Pasa.

El humo del cigarrillo que fuma él saldrá a su paso; deberá estar en el gabinete, leyendo -o fingiéndolo-, en espera de que ella llegue. Pero Isabel la desviará del pasillo conduciéndola a su alcoba. Está como la dejó: revuelta la cama, desplazados los sillones...

-Sí -corroborará Isabel-. Todo está como lo dejaste. Yo no tuve ganas de entrar aquí.

-Comprendo -afirmará María, y colocará su bolsillo y su mochila sobre la desensabanada cama-. Bien. ¿Para qué me reclamasteis? Yo no quería volver; estaba bien, me iría arreglando para no necesitar ayudas ajenas...

-Podrás hacerlo normalmente. Te irás después que todos sepan que has regresado de un viaje del que nada nos dijiste por si nos oponíamos, ya que buscabas trabajo en Madrid o en Barcelona.

-O en la China.

-Exactamente.

María irá al cuarto de baño y arreglará sus cabellos mientras Isabel la vigila desde la alcoba.

-No verás a mi marido. No hablaréis ni una sola vez hasta que te vayas públicamente. Aunque seas mi hermana, eres una mujer sin pudor ni conciencia, a la que aborrezco.

-Estoy deseando desaparecer de tu vista.

Tácitamente volverán los ojos hacia un retrato de su madre que pende de la pared frontera al lecho de María... Y después se mirarán a los ojos en los de Isabel habrá lágrimas y los labios de María temblarán al decir en voz muy baja: ¡Mamá! Ambas se estremecerán por un impulso de inesperada ternura:

-¡Isabel, yo, yo...!

-Cállate. No lo digas.

Isabel, desolada, se dejará caer en otro de los sillones para echarse a llorar con amargura. María se paseará por la estancia estrujándose las manos con ira.

-Tú -dirá aumentando la voz que empezará mínima- tienes el alivio de aborrecerme. Yo, no; yo te quiero y sufro por hacerte daño. ¡Por habértelo hecho sin proponérmelo! Porque voluntariamente no quise ni quiero ni querré hacértelo. Por eso me fui; por eso quiero irme ya, ahora mismo. ¿Por qué te empeñaste en hacerme venir?

-No quería, pero Santiago...

Fatal. Habrá sido Santiago el que pusiera en marcha la reclamación por menor. ¿Y no tuvo en cuenta tal minoría para acosarla? Sin embargo, saber que él, él, es el responsable de su vuelta la excitará en su pasión acorralada. Isabel acabará de comprenderlo así y lamentará su confesión. Para arreglarlo:

-Santiago temía que nos responsabilizaran de tu conducta, pues como somos tus tutores... -deslizará cauta-. La Ley, ¿comprendes?, podría castigarnos.

-¡Pobre Isabel!

Se levantará violentamente y la cogerá de un brazo:

-¿Pobre por qué?

-Tu marido es un mal hombre.

-¿Y tú qué?

-Tan mala como él; conformes.

-¿Confiesas que estáis de acuerdo para burlaros de mí, eh?

-No. Todavía, no. Pero si no me voy, óyelo bien, si no me voy ahora mismo, ocurrirá fatalmente.

Y acercándose más a ella, respiro contra respiro:

-Y tú, fíjate bien en lo que te digo: tú acabarás consintiéndolo por no perderle a él.

Retrocederá Isabel hasta la puerta. Se clavará en ella y alargará las manos con horrorosa comprobación anticipada:

-Eres mala, eres mala...

-No. Te digo la verdad. Tú le quieres, yo le deseo, y él nos quiere tener a las dos. Nos pondremos a sus pies y nos pisoteará. Los cuerpos, las almas, la dignidad, el respeto... ¡Todo, todo por entregarnos a su voluntad!

-¡Vete, vete ahora mismo!

-Mañana, pasado. Y esta vez, la última, legalmente. Para no volver jamás. Sombriamente, Isabel reunirá sus fuerzas para mascullar:

-Debería matarte. Y matarle a él.

María, lívida, asustada también, finge indiferencia:

-¡Bah! En cuanto yo desaparezca olvídale todo y recupera tu ignorancia. Es tu marido, recuérdalo. Él es como casi todos los otros: egoísta, sin moral por lo que se refiere al sexo. A ti te eligió porque te quiere bien; a mí me quiere mal y eso se pasa.

-El deseo insatisfecho no se pasa...

-Procura agotarle tú todos los deseos.

-Lo mataré.

-Puedes hacerlo poco a poco, mujer. Ahora la voz de María será áspera lija-. Entrégate a él y mátalos a fuerza de amor.

Estarán tristes las dos. Tristísimamente unidas en ese recóndito misterio de la misma sangre. Anda, déjame dormir unas horas. No le digas nada de lo que hablamos. Mañana arreglaremos tú y yo mi marcha. Mañana.

Isabel saldrá sonámbula, cerrando la puerta. Se oirán sus pasos lentos, profundos, porque se irá al fondo de la tierra. María echará la llave y el cerrojo y se irá desnudando para buscar algún reposo en su maltrecho lecho. Apagará la luz y se quedará escuchando a su pesar el silencio que dejaron los pasos de su hermana al cesar de darlos... De repente, lejos aún, suena una risa atropellada..., que se va acercando, que se va acercando. Alarmada, María se vestirá la bata y se aproximará a la puerta. La risa estará ya al otro lado de ella.

-¡Ábrele, ábrele a Santiago! ¡Me acaba de asegurar que no podrá vivir si vuelves a irte!

Golpeará la puerta una, otra, otra vez:

-¡Abre, mujer; abre!

Lentamente abrirá María. Al otro lado Isabel, enloquecida; se ríe. Detrás de ella, su marido, dramáticamente erguido.

-Está loca. Yo no dije eso.

-No lo tenías que decir, ¿para qué?, lo oía yo dentro de ti, de todo tú entero.

María cerrará nuevamente la puerta; volverá a echar el cerrojo, y se tenderá en la cama. Escuchará, aunque no lo pretenda, porque hay cosas que resuenan aunque en silencio se hagan.

-Isabel, vente. No alborotes más. No digas locuras.

-Sí, vámonos. Quiero que me demuestres que no la deseas a ella. Solamente a mí.

Y sonarán pasos y risas, luego llanto a través de la casa. Llanto.

Se han alejado juntos, la mujer exaltada por sus celos y el hombre agobiado por su doble personalidad de marido y de amante. María ha oído lo que pide su hermana a Santiago, y sonrío. Sabe que no será posible que él ame a Isabel precisamente ahora cuando tan cerca se encuentra María del amante. Y aunque le duele que ella, la otra, tenga derecho a recibir el amor que exige, sonrío convencida de que no le será dado.

¿O sí...?

Salta del lecho y se lanza a la puerta para abrirla y correr pasillo adelante, golpear la puerta de la alcoba conyugal y matarlos a los dos si los ve unidos. Pero, se contiene; se retuerce las manos, que acabarán cayendo como alas quebradas por una piedra certera; se apoya en la pared y mira alrededor poblándolo todo de las imágenes que la atemorizan...

-Quiero que me demuestres que no la deseas a ella. Solamente a mí.

¿Por qué no contestó Santiago a semejante exigencia...; acaso estaría dispuesto, por miedo y sólo por miedo, a complacer a la insensata...?

¿Sería capaz de demostrar deseo ante una criatura delirante que quiere afianzar sus derechos para hundir a su hermana en el infierno...?

Rendida, vuelve a su lecho. Se sienta. Quisiera romperlo todo, trizar cristales y desgarrar sábanas, y no se mueve. Oye. Escucha. El universo entero es un jadeo amoroso indescriptible.

Pero no.

Lo que sí llega clarísimo a su escucha desbaratada es el eco de un llanto tenaz, violento, un llanto que es caudal de sangre vertiéndose por los suelos, inundando las habitaciones, inundando el mundo de llameantes aulagas... Y sonrío, y se llena de alegría; y, también, de llanto: de su propio y gemelo llanto, tan triste y tan despiadado como el que ya ha colmado los ámbitos de purgatorio e infierno para siempre jamás.

-Voy a llevarte yo misma para que no te arrepientas y no queden las cosas peor de lo que están. Tu equipaje es leve y el mío se hace en un cuarto de hora. Anda, anímate; saldremos en seguida.

María contempla a Laura con gesto hosco y dice luego:

-Bueno; voy, ¿y qué?

-Pues hablas con ellos para que te autoricen legalmente a abandonarlos, y buscas un empleo; o te vienes conmigo a Madrid y yo te ayudo a encontrarlo, si es que nos ponemos de acuerdo para eso. O vives en mi casa. ¿Conformes?

-Sí.

Cada una se dedica a su maleta. Hay otra más para libros y cuadernos. Laura suspira guardándolos. No ha podido leer ni una página aunque se había propuesto pasar unas semanas tranquila y leyendo. Cualquiera sabe lo que nos espera detrás de cada movimiento. Hace sol y la brisa del mar revuelve las cortinas y los cabellos. La tarde es ancha y huele a sandía. El agua marina huele a sandía. Laura lo va pensando mientras decide no presentarse con la chica en casa de ésta.

La dejará en la puerta y en paz.

-Ya conoces mi dirección y el número de mi teléfono. Te dejaré algún dinero para que lo emplees en el viaje que resuelvas hacer. Una cosa te ruego no me dejes sin noticias tuyas, por malas que fueren. -Y sonrío para dulcificar lo dicho-: Pero no deberán ser malas. Pon todo de tu parte para que este asunto se desarrolle bien. Eres la más joven, tienes más que ellos; porque también eres libre.

María tiene cerrada su mochila y se sienta en ella.

-Ya voy terminando -dice Laura-; es lo que molesta del viaje, el equipaje. Sabe que está hablando para llenar el tiempo. En realidad, no sabe qué decir ni para qué. Vive alterada por cosas que no son suyas y de las cuales, sorprendida, no encuentra cómo deshacerse.

-En un salto nos pondremos en tu casa, luego seguiré hasta la mía.

-Pero, usted vino a descansar; a quedarse unas semanas... ¿Por qué no me deja en el tren que pasa muy cerca, y sigue aquí?

-Porque ya no tengo ganas de intentar estar tranquila. Además, te lo dije: quiero estar segura de que llegas a tu casa, ¡etcétera, etcétera!

-Bueno.

Bajan el equipaje mientras ellas se acercan al coche. Las ruedas están bajas de presión, hace falta gasolina también. Menos mal que a quinientos metros hay una gasolinera.

-Acomódate ahí detrás. Prefiero conducir sin nadie a mi lado... hoy.

-Está nerviosa.

-Puede.

Aire, gasolina. La desviación hacia Murcia. El Puerto y después la ciudad: radiante, frutal, antigua y presente. ¡Murcia del alma!

-Me gusta viajar en coche -dice María-, pero ahora me da angustia porque me lleva al infierno.

-¡Bah! El infierno está en ti; quítatelo de un manotazo.

-¿Usted qué sabe del infierno?

Laura la mira por el retrovisor: la chica tiene muy alterado el semblante.

La compadece.

-Algo sé, claro, de infiernos (no de uno), distintos al tuyo.

-¿Y se los quitó de un manotazo...?

-No, la verdad. Me arranqué pedazos de vida para que ellos murieran conmigo. Eran otras penas.

-¿Ha sufrido tanto?

-¿Tanto como qué: como tú...?

Ríe bajito Laura, y procura que la dirección no se le altere porque ella mire de cuando en cuando, por el retrovisor, a María.

-Nunca se puede evadir el dolor, chiquilla; cada criatura sabe de su capacidad solamente, aunque se empeñe en imaginar el dolor de los otros.

-Ya.

Y ahora sucede algo inesperado. A Laura la detiene una pareja de la guardia civil motorizada y la guía hacia el arcén. Están entrando en un pueblo y Laura se inquieta.

-¿Qué pasa? -inquire.

No es nada sobre su coche ni su persona, simplemente advertirle que hay un desvío, no señalizado aún, a causa de un importante accidente de carretera. María salta, con mochila y bolso, diciendo:

-Voy a verlo. A la salida nos reuniremos. Y sale corriendo.

Laura sonríe forzosamente a la pareja y acepta irse sola... hasta la salida del pueblo. No espera a la chica. Nueva huida. Una profunda ira empalidece su rostro. Esta muchacha está loca de remate. Fingió aceptar lo propuesto y se escapa de nuevo. Cuando consigue serenarse comprueba que rueda a ciento cuarenta. Prohibido. Frena y se detiene en el arcén a encender un cigarrillo. Piensa si serán falsas las señas que le diera María de su domicilio. Seguro. Pero tiene el número del teléfono de la Policía. Llamará en el pueblo inmediato para desentenderse definitivamente del endiablado caso. Apaga el cigarrillo con un apretón violento y reanuda la marcha...

La marcha... ¿Qué es ir?

Ir es una pausa, es un puente. No estar ni llegar, aún. Yendo. Ir yendo es una expresión adecuada, indica algo que se hace para hacer pero que no es definitivo todavía. Yo voy a..., estamos yendo a... No pertenecemos ya al lugar ni a las cosas que dejamos atrás; y no somos aún de lo que nos aguarda. Ir es un escape de la realidad, de la sumisión a los actos habituales; ruptura de ligaduras; aplazamiento y aproximación. Se puede imaginar todo y ser dueña de las posibilidades. Echar pie a tierra, llegar, es un aplastante estar en y un ser esto o aquello.

El pueblo sí está en su atardecer de todo. Y Laura baja ante un Parador y requiere el teléfono. Rápido el contacto.

-... Tengo que comunicarle que la chica de quien le hablé y ofrecí devolver a su familia, se me ha escapado cuando unos motoristas me hicieron parar en... para avisarme de un repentino desvío. Escuche, señor: yo estoy harta de esta muchacha y de sus problemas. Desde este momento me desentiendo de ella por completo. Sí. Me abandonó en..., como le dije, y ante la pareja de motoristas con la excusa absurda de ir a ver el accidente que causa el desvío. Ya le dije a usted mi nombre y domicilio. Gracias. Buenas tardes.

Ya no es tarde, sino noche; noche absoluta en unos minutos. Siente pereza de conducir sola y pide alojamiento. Del coche saca su maletín y un libro.

-Cenaré pronto, por favor; quiero descansar. Mañana seguiré viaje.

Y cena, se acuesta, se pone a leer...

...¿qué

habrá

hecho esa criatura...?

Saca del bolso la cuartilla con el nombre de la familia, de su ciudad, de la calle, el teléfono... y se pone a pensar. En el reloj se desliza muy lentamente el tiempo. Tiene prisa Laura por el nuevo día y esto se concede con paso inaudible. Pero amanecerá. Y poco a poco el sueño lo vuelve todo más confuso para llevarla a un largo espacio poblado de marismas.

En el sueño todo es más fluido, menos concreto; sobrevienen episodios no vividos y afloran vivencias depuradas, aéreas. En un espejo inmenso, tal un lago desierto, Laura busca su rostro sin encontrárselo. Ello le produce angustia y desasosiego. Se sabe ella y no consigue enfrentarse con sus ojos ni con su boca ni con su frente... Alguien grita desde lejos un nombre que tampoco logra descifrar y, sin embargo, conoce ese nombre, sabe que es suyo aunque no lo perciba con claridad.

En determinado punto todo su pasado se vuelca a ese espejo en el que no halló su imagen. Sobresaltada, y hasta consciente como si estuviera despierta, reconoce la no corta trayectoria de su existencia... En el fondo del bosque fluctúa una joven indecisa cuyos brazos se tienden hacia... ¿quién?... Tampoco la evidencia, tampoco la precisión. Laura vive y la que duerme está soñando.

Le gustaría arrancarse del trémulo vaivén del sueño oscuro que agujerea imágenes que son ella aunque ella no se consiga ver, comprobar que es. Una reversión incomprensible la hace ella y la hace otra a la cual se afana en reconocer, en reincorporarse... Gime, alarga las manos para agarrarse al brocal del pozo en que se sabe inmersa. ¿Quién es Laura?

¿Quién es la otra?

¿Es Laura -la otra, y la otra-, Laura...?

Cuando, sin verlas lípidamente, se acercan hasta confundirse, Laura se desvela y abre los ojos de verdad, de realidad, a la oscuridad de la habitación. Regresa cansada, febril, y acaba comprendiendo...: el sueño es la memoria que desgarras sus ataduras y despiadadamente hinca ante Laura su imborrable presencia.

Los tres volverán del notario sin decirse ni una palabra. Lo harán todo sin comunicarse: caminar, subir a la casa, tomar algún alimento... El notario enviará los documentos a su destino, y desde entonces puede empezar la libertad legal de María.

-Supongo que te irás hoy mismo -dirá Isabel.

-Sí.

Santiago no dirá nada. Permanecerá callado y sombrío, alejado de ellas, haciendo que hace algo, pero sin hacer nada. Le dolerá la sangre en el cuerpo y sentirá un ronco furor contra todos, empezando por sí mismo. Se atreverá, tal será su angustia, se atreverá a decirle a María:

-¿Qué fue de la señora que te encontró?

-La dejé en el camino.

Isabel salta:

-¿Qué te importa a ti esa señora? -increpa al marido.

Y él sonrío evasivo, frío:

-Nada, curiosidad. ¿Volverás a verla?

-No lo sé.

Las manos de Isabel se cogen a un brazo de Santiago para llevárselo. Arde de arriba abajo igual a tea resinosa.

-¡Cállate de una vez! -grita. Porque se aterra al temer que ellos encuentren un medio para comunicarse.

María se irá del comedor y preparará su nueva salida. No sabrá qué hará ni cómo. Dejó a Laura abruptamente porque no quería que viera a su gente.

Luego se las arregló con facilidad: otro auto-stop y asunto realizado.

Pensará con gratitud en aquella mujer que, incomprensiblemente, está metida en su juego de despropósitos. No querrá volver a verla, ¿para qué?, y olvidará su nombre lo antes posible. Subconscientemente no romperá el papel que contiene sus señas de Madrid.

Sentada en la cama, balanceará los pies un rato. Tendrá que irse definitivamente; para siempre jamás. Un helor súbito coagulará su respiración. No volverá a besar a Santiago. Ya no será suya nunca. Isabel se lo apropiará como un vestido y dentro de él se afanará por romperlo a fuerza de uso. Isabel es una bruta, no tiene piedad, no es flexible.

Isabel no se merece que ella, María, enamorada salvajemente renuncie a su amor.

Saltará al suelo y apretará los dientes para no rugir su celo. Necesitará ser abrazada, poseída y hasta pisoteada por él. Pondrá la mano en la puerta para abrirla y gritar ¡Santiago, Santiago! Se contendrá haciéndose pedazos. Y sigilosamente le sobrevendrá una idea... ¿Cómo ella, tan joven e inexperta, tan dormida hasta hace unos días, es capaz de sentir esta furia sin sosiego en el cuerpo y en el alma? Y se retirará de la puerta y se acercará a los cristales de la ventana. Cerrados herméticamente, ¿qué habrá más allá? El campo. Unos caballos y un muchachote «picándolos». Es el picadero particular de unos vecinos ricachos. Sin problemas. ¿Los tendrá el muchachote? ¿Los tendrán los caballos? Ella los tiene.

Insolubles. Que deberá resolver en el acto.

Se irá. Pasarán dos trenes por la estación. Alcanzará el que pueda.

Abrirá, saldrá al corredor, caminará hacia la puerta muy despacio...

Nadie. Bajará la escalera. Y en el portal, como un tigre sobre su presa, Santiago caerá sobre ella. La besará brutalmente, la dejará sin resuello, meterá las manos entre sus ropas que casi desgarrará, sollozará mordiéndole los labios...

-¡Déjame, déjame!

-¡No, no, no!

-¿No?

Será Isabel tirándose por la escalera y aporreándolos con locura desbaratada...

-¡Perros, como perros salidos; más que perros! ¡Os mataré a los dos, os mataré a los dos con mis propias manos!

Será una lucha desesperada: ellos esquivándola a ella que, por fin, jadeante y con espuma en los labios caerá al suelo agotada. Triunfantes, sin hacer caso de la vencida, los dos se abrazarán entre llamas.

Hasta que Santiago abra la puerta y la empuje suavemente a la calle, suavísima e inexorablemente...

-Será mejor que te vayas ahora -dirá-. Nos encontraremos después.

-¿Dónde?

-Procura tú que yo lo sepa.

Cerrado el portón del infierno, María caminará borracha hasta la estación. Santiago cogerá el bulto de Isabel y lo subirá a su alcoba, dejándolo en

la cama. Encenderá un cigarrillo y oirá el pito ronco del tren y el fragor de ruedas, salpicándolo todo.

El cigarrillo consumido, los ojos de Santiago se apoyarán en Isabel, que yace semiinconsciente en el lecho...; la recorrerán entera, considerándola, con sincero dolor. En un determinado momento, ella abrirá los ojos, vuelta a la realidad, gimiendo:

-¡Santiago..., Santiago!

-¿Qué quieres?

Ella abre sus brazos y los tiende hacia él. Hay expresión de hambre en su rostro, en sus ojos, en sus miembros que tiemblan imperceptiblemente...

-¿Te encuentras mejor? Ya estamos solos.

-Ven.

El hombre piensa que no puede ir, que no podrá ir junto a su mujer. Pero, va. Se apoya en el lecho y la besa dulcemente; ella le mira desde abajo con una mirada de expectación sombría...

-Sé que no puedes quererme como me quisiste, lo sé.

-Te quiero.

-No puedes quererme porque entre nosotros está la otra...

«La otra». Ésta es su hermana ahora: la otra.

-La olvidarás. Todo fue una locura.

-¿Y tú, la olvidarás tú...?

-Procuraré olvidar cuanto te hace padecer.

Es una respuesta evasiva que a ella no la conforma; pero..., ¿será cierto lo que dice...? Mejor creer que se cree. Y vuelve a suplicar amor, amor... que no llega.

-Reposa. Mañana..., cuando estés mejor de ánimo.

-¿Y tú...?

-Y yo, te lo aseguro.

Isabel cierra los ojos y llora.

Santiago prende otro cigarrillo, y vuelve a su asiento anterior.

La noche se agranda hasta el extremo de transformarse en un sólido muro contra el cual se van estrellando, una tras otra, las tristes criaturas.

De la noche a la mañana con un talante nuevo. Los sueños de Laura han sido siempre reconfortantes. La noche pasada, entredormida vio una gran sombra inclinada sobre ella mientras sentía la leve caricia de unos dedos frescos, no fríos, sobre su frente. Se encuentra bien templada. Salió de la pesadilla. ¿María? Allá ella. No quiere recordarla. No necesita ni desea saber de ella.

-El desayuno -solicita.

Fruta, mermelada, mantequilla y café, mucho café. Reanimada, decide reemprender su viaje. Adiós, descansados días no estrenados. Adiós, paz necesitada y no hallada.

La carretera fluye y refluye quietamente, como si no se la pisara. Madrid, a dos horas de buen correr. Se pasan volando y la ciudad abre sus anchos

brazos reconciliantes. Más se tarda en atravesar la ciudad que en hacer el último tramo del viaje. La calle, próxima a la ciudad universitaria. El garaje, las maletas con su inútil contenido. Todo sobró. Apenas se vistió la dueña como no fuera de lo somero para la playa. Y no leyó tanta grata lectura escogida para aquella estancia.

La espera lo que tanto tardó en conocer: la soledad. Laura vive sola y no lo rechaza. A todo hay que aprender. A estar solo es lo menos fácil, pero se aprende también. Mira su mundo doméstico y no puede remediar pensar que María habría estado bien aquí. Fuera, insidiosos recuerdos sin contenido. ¡Fuera, lo que no cabe en la soledad!

Pero el teléfono suena: desde la estación; dice una voz:

-Acabo de llegar en un tren que ha corrido más de lo que yo quería. ¿Puedo ir a su casa?

-Claro -dice con alegría. Y cuelga.

Va a la cocina y se pone a preparar café para el desayuno ajeno. Luego, mientras el fuego cumple su cometido se deja caer en una butaca y pregunta, pregunta:

-Señor, Señor, ¿qué nombre tiene tu designio? No tienen nombre los designios del Señor. Nosotros los titularemos con grandes rótulos llamativos: fatalidad, desgracia, felicidad..., desesperación; sin nuestra cooperación no se llamarían nada; no existirían siquiera. A una mujer que vive sola y contenida, aparentemente resignada, le cae encima, de pronto, el drama de otra mujer joven y alucinada hasta ser incapaz de gobernar sus instintos. ¿Para qué y por qué? Rechazarlos sería el verdadero destino de semejantes dones. Y hay algo que lo impide. ¿El espectáculo caliente de la vida ajena? No se sabe. Porque Laura conoce demasiados espectáculos de vidas ardientes y palpitantes para que la maraville o sugestione el trastorno de María. Secreto designio -vuelve a salir el nombre- que ella tendrá que llamar parte de su propio destino.

Le dan ganas de irse, de no estar cuando llegue la chica con su desaliñado equipaje y sus ojos cavados en un rostro puro que parece exento de cualquiera mácula interior. La encontraría al regresar, esperándola sentada en la puerta del apartamento. Que llegue, que cuente, que reciba ayuda y que (¿la abandone luego...?)... No quiere seguir pensando en el después de todo eso. Formará parte, como todo lo habido, de una serie que escribe el Autor implacable. Sonríe. Se ha sometido a términos literarios o cinematográficos al pensar «el autor que escribe»... Es verdad. Así lo parece.

No está lejos, vamos, demasiado lejos su casa de la estación de Atocha. No habrá encontrado taxi. ¿Conoce Madrid, María? No se lo preguntó. ¿Tendrá dinero? Dijo que alguno tenía, sí. Tarda. Los que avisan su llegada no saben cuánto tardan en hacerse presentes. Esperar es lo peor del mundo. La ansiedad lo inunda todo y el que va a llegar viene con el ritmo de su circunstancia, pero tarda. Tarda mucho esta muchacha. ¿Se habrá perdido? El taxista conocerá o no la calle; es una calle extraña para los conductores pues se encuentra fuera del centro y no es paso para ninguna otra. Laura se pasea por la casa. El café ya está. Prepara otras cosas, abre la puerta porque cree oír pasos. El ascensor no suena.

Muchas personas esperan haciendo algo para entretenerse. Laura no supo hacerlo nunca. Sus esperas fueron trepidantes. El amor acuciaba como un

caballo impaciente y el que lo recibía tardaba siempre en llegar a su hora. Aquella figura del amado se agrupa en la memoria, la rebalsa. ¿Por qué no viene ahora, por qué no abre la puerta y sonrío como sonreía para llamarla? Laura mira la puerta cerrada y cree que va a abrirse para corporeizarlo a él. No. Cuando uno se va para siempre, las puertas no vuelven a abrirse.

¿Por qué tiene que abrir Laura esa puerta si se cerró definitivamente un día? No es el amado, no es el amante; es una pobre y agobiada criatura la que llamará a ella pidiendo abrigo y amparo en su tormenta. Y Laura se queda fría, de arriba abajo fría, porque ha recuperado la noción exacta del tiempo y de la circunstancia.

Lenta y dominada coge un libro, lo abre y, se pone a leer. A intentar leer. Sus ojos se detienen en un renglón que crece, crece y se ilumina de verde sombrío...: «empezó a crecer la yerba sobre la tumba de mi juventud».

Deja el libro y deja en blanco su mente. Un prado enorme y, debajo, ella; la yerba creciendo hasta cubrir intensamente el suelo y aparecerlo como un mar del verano. Yerba. Juventud. No oye sonar el ascensor. No oye vibrar el timbre. Yerba. Juventud. Unos golpes fuertes en la puerta de la casa la sacuden. Y emerge de la extensión vegetal con una nostalgia que rezuma lágrimas.

María se detendrá en la estación y antes de subir al tren escribirá en un trozo de papel el nombre de la calle y el número de la casa, y hasta el teléfono de Laura. En la librería ferroviaria comprará una postal y un sobre; meterá todo en éste y escribirá sobre él la dirección de Santiago en su despacho. También adquirirá el sello de la abultada efigie para franquear el aviso. Subirá al tren y se recostará en su asiento. El correo marchará despacísimo deteniéndose en todas las estaciones y hasta inventándose las. Antes corría menos aún, es un consuelo.

Al poco tiempo de comenzar la marcha entrarán unos viajeros más que, como ella, buscarán el relativo acomodo para las horas nocturnas. Una abuela con su nieto y un militar que debe regresar a su cuartel. Serán prudentes y respetuosos con ella, ni la saludarán siquiera. Mejor. Las charlas de vagón son insostenibles ya que no puede una escaparse abandonando al hablante.

Al otro lado de la ventanilla, la nada: oscura y dura; a trechos largos, sobresaltada por luces fugaces. Al otro lado de esta nada, más nada todavía. Es ir como si no se fuera a ninguna parte, ni se intentara ir tampoco. El viaje de María no será puente entre orillas sino pozo, agujero tenebroso en el que irá metiéndose sin remedio.

Sobrevivir. Es igual a estar en guardia de una misma. Verse comer, dormir, trabajar en algo que subvencione aquellos oficios vitales, sin el menor deseo de supervivencia. Pensará: Si no hubiera encontrado a Laura, ¿dónde estaría yo? Verá a su hermana forcejeando para arrancarla de Santiago, con los ojos desorbitados, la boca desencajada, y la voz ronca escupiendo insultos. ¿Qué habría hecho si Isabel fuera ella y ella Isabel? No lo sabrá. No podrá ponerse en lugar de su hermana porque los celos se lo

impedirán.

Por otra parte y sorprendiéndola en verdad, experimentará un asco profundo hacia el hombre, todo él un miembro rabiosamente hambriento de María. Mientras lo sentía cerca, toda ella zumbaba idéntico deseo. Cegaba ante la inminencia de la posesión. Y ahora... El asco se levantará frío de su piel y corroerá su conciencia en vigilia súbita, recién nacida. El nietecito de la abuela, compañeros del viaje, la mirará desde sus ojos, nuevos y puros; sin contenido. La abuela lo atraerá para incitarlo al sueño. Y a su vez la mira, con ojos apagados y acumulados de tiempo...

Acudirá a Laura y ella la situará en donde pueda trabajar y ganarse un pan del que no sentirá apetito. Laura, ¿quién será Laura? Es joven aun siendo mujer madura y con rasgos de enorme cansancio; la comprende aunque la obligue a rechazar lo que hizo. La ayudará, esperará María que la ayude, y acaso vaya curándose poco a poco esta lepra que la invade martirizándola. ¿Por qué martirizándola? ¿No vivimos otros tiempos? ¿Qué podría oponerse a que ella y él olvidaran a Isabel y se unieran como muro y yedra?

Los ojos del niño acurrucado en el cuenco de la abuela, la seguirán mirando absortos. ¿Qué mirará este niño? Los ojos de la abuela, medio secos y sin brillo, la mirarán por encima de la cabeza del nieto. ¿Qué pensará esta anciana? El militar se levantará y desperezándose disimuladamente, bostezando sin ruido, pasará pidiendo disculpas y saldrá al pasillo... ¿Quién esperará a este muchacho o de quién se habrá despegado?

Habrà que meterse en un trueno para no oírse el resuello. Hacer, hacer. ¿Qué hará María? La conciencia cobrará bríos y se atreverá a recordarle momentos de inmersión en el desvarío amoroso. ¿Ama ella a Santiago? Cerrará los ojos para verle en el portal abrazándola y empujándola después a la calle. Pidiéndole verse y que ella le avise en dónde. Ya lo hizo; dio la dirección de Laura...

Palpitará arrepentida de haberlo hecho. ¿Cómo pudo atreverse a decirle las señas de Laura? Entonces no tuvo más remedio que hacerlo. Ahora... La luz aumentará; el revisor se presentará. Se irá. Otra vez la penumbra violácea. El niño no se dormirá ni su abuela. Serán testigos de su íntima batahola. ¿Oirán sus pensamientos? Disparatada idea. Si pudiera dormirse... Cuando se está muy cansado no se duerme así como así. Los nervios tensos requieren la vigilia. Frenazo brusco. El tren irá perdiendo velocidad, la escasa, que llevaba, hasta pararse. Pasos precipitados recorren los pasillos, bajan, suben... Voces confusas. Un foco súbito iluminará el suelo de ninguna estación, del campo llano y ancho que va escalando la Meseta. El niño no dormirá; ni su abuela. Voces, y pasos, pasos pesados... Rudas arrancadas del tren y otra vez la marcha a trompicones. Silencio.

El militar volverá a su sitio.

María pensará en su ausencia y luego lo abandonará en su oscuridad. Empezarán a dolerle piernas y cuello de la postura forzada. El niño entornará los ojos limpios. La abuela cerrará los suyos y parecerá que nunca estuvieron abiertos en su arrugada cara.

Acercándose, acercándose... ¿A qué? ¿Por qué? Nunca se contesta a estas preguntas que son, como dijo Henry Miller, «las más importantes del hombre».

La secretaria del director entrará con una carta en la mano. Sonriente.

-Es para usted.

El director, Santiago para los suyos, la tomará y disimulará su sobresalto.

-Gracias.

-¿Va usted a dictarme?

-Más tarde la llamaré.

Saldrá y él esperará que se aleje, luego romperá el sobre y leerá; apoyará la cabeza en una mano mientras la otra retendrá, apresará el papel escriboteado. Ya conoce el paradero de María. Y como un fuego que aparentara estar apaciguado y el viento soltara para que creciera y devastara, el ansia feroz de salir corriendo para verla. Se levantará, estrujará el papel y volverá a sentarse. Habrá de trabajar unas horas, volver a su casa, tranquilizar -no sabe cómo- a su mujer; y empezar a inventarse una ausencia que Isabel no consentirá. Seguro.

Ya no podrá hacer nada. Al diablo su obligación. Decidirá irse del despacho y trasladará antes a otro papel la dirección que le enviaron.

Romperá y quemará el mensaje y fumará mordiendo el cigarrillo. Ahora o nunca. Lo dejará todo y huirá. Buscará a María y se irán juntos de España.

¿Isabel? Que haga lo que quiera. Denuncia, persecución... Habrá que tomar precauciones: primero, ponerse de acuerdo con María: que se vaya en avión a Londres. Luego, reunirse con ella. Ya está. De Londres, a América. Nueva vida. La pasión le quemará los labios y acelerará su pulso. Estoy loco -comprende-; loco por tenerla mía hasta la muerte. Hasta matarnos los dos. Cogerá el teléfono y llamará a su Banco:

-Le mandaré una carta indicándole que traspase fondos míos a... Voy a necesitarlos para unos negocios allí.

Luego, el director, incomprensible en este momento para su secretaria, se ha quedado solo en su despacho sin saber, realmente, por dónde empezar la huida de cuanto constituyó la norma de su existencia. Se aplica el remedio de todos los conflictos sin solución inmediata: encender un cigarrillo y fumarlo mirando al techo. Sabe que tiene que firmar las cartas que ha dictado apresuradamente, pues no se puede ir sin dejarlo todo empantanado. Por eso quiere entretenerse y consumir el tiempo que arde por apurar, ya que supone será el penúltimo de sus fatigas e indecisiones. Le queda lo más violento y duro: la salida de su hogar, la despedida de su mujer, el engaño final y sin posible reparo. Esto le acongoja, hay que reconocerlo, le baña en frío sudor el cuerpo y le apresura la marcha del corazón. ¿Cómo lo tomará Isabel, qué actitud será la suya...? Inútil recurrir al recuerdo de María, a la imaginación de su ya inminente reunión con ella. Existe en todos los seres, por muy dispuestos que estén a romper con toda su existencia anterior, una vacilación agoniosa ante el futuro. Se desea la libertad, se lucha por conseguirla, y así que, al parecer, se la tiene al alcance de la mano, se teme... ¿Por qué se teme, acaso porque en realidad

no hemos nacido para ser completamente libres; qué peso se nos echa encima, qué fardo comienza a gravitar en sustitución del recién abandonado...? Santiago tiene miedo, sí; miedo y angustia mortal. Pero desea a María, la ama con furia, y va a aplastarlo todo para conseguirla. Un golpecito en la puerta...

-¿Señor director...? La firma.

-Adelante.

Y el rimero de cartas, de órdenes, de nuevos papeles que se han sumado a los que esperaba firmar, se amontona sobre su mesa.

-Excuse este aumento, son cosas atrasadas que deberán quedar firmadas antes que usted se ausente.

-Sí, claro.

Unos minutos más de los esperados, y la pluma que firma y firma con prisa para acabar con ellos inmediatamente.

-¿Avisará usted cuando vaya a volver, para preparar su firma...?

-¿Volver...? -la mira asombrado. Rectifica en el acto-. Naturalmente.

Tardaré, eso sí, en reintegrarme al despacho.

Y bajo la mirada recelosa de la secretaria, Santiago sonrío confuso.

Volverá el militar que saliera minutos antes de la circunstancial detención del tren en plena llanura, y pasará cuidando no molestar a sus compañeros de viaje que, al parecer, reposan. Será inútil su precaución, pues el niño abrirá sus ojos, la abuela descorrerá los suyos y María se removerá en su asiento.

-Excúsenme, no quería despertarles.

-¿Pasó algo antes? -interrogará la abuela.

-Sí. Unos que viajaban en el techo bajaron al vagón y la Guardia Civil, que los esperaba, los detuvo.

-¿Por qué?

El militar se asombra:

-Viajaban sin billetes, sin documentación.

-¡Ah!

Será un ¡ah! despectivo; a la abuela no le parecerá convincente tal explicación. Imaginará motivos más poderosos que los enunciados. El militar sorprenderá su gesto y argumentará:

-Faltaron al orden.

La palabra orden se catapultará sobre María. Ella falta al orden, lo sabe, y apretará los ojos con más fuerza que si durmiera realmente. El niño la mirará tan fijamente que ella, entreabriendo los párpados creará que es ciego. Claro, mirará como si viera, se dirá; pero el niño, de repente, sonreirá y en sus ojos brillará una lucecita...

-Pues no es ciego el crío. ¿Por qué me estará mirando así todo el viaje?

La abuela y el militar se enzarzarán en un diálogo acerca del orden.

Resultará curioso apreciar la diferencia de conceptos sobre el prepotente tema. María ya habrá despertado del todo y se pondrá a pensar en su inminente llegada a Madrid. Lo conocerá de antes y podrá recorrer las calles que desde Atocha van hasta la de Laura.

El día estará en su comienzo y por las ventanillas discurre un paisaje de

arboledas y de río cercano. Faltará muy poco, se dice, y tendré que prepararme... Prepararme, ¿a qué?; ¿a saltar al andén? La carga que lleva es poca y con facilidad podrá apearse sin ayuda ajena.

No. El militar se apresurará a coger su maleta antes que ella y a ofrecerle la mano desde el andén. La estación resonará y retumbará con voces, ruidos...

-¿Quiere usted que le busque un taxi?

-Gracias. Debo telefonar antes.

-Bienvenida a Madrid.

María, con su mochila y su bolso, caminará hacia la cafetería.

-Necesito una ficha.

Dejará en una silla la breve impedimenta y marcará. El timbre repicará dos, tres veces... ¡No está Laura, no ha llegado! Pero sí. Contestará con una voz desganada...

-Es que estaba medio dormida -se excusará.

-Lo siento -dice María-. Acabo de llegar y la llamo para avisarle mi visita. ¿Puedo ir, verdad?

-Puedes venir, claro -no le hace reproches, la acepta con resignación.

-Entonces... voy para allá -y cuelga el teléfono.

Sale ligera y busca un taxi que tarda en aparecer ante la estación. María está nerviosa, desea y teme llegar a donde se dirige. Tiene que contar lo que ha hecho y por qué lo hizo y cómo. Palabras que la cansan antes de pronunciarlas. Para ella es mucho mejor no explicarse nunca ante nadie. Actuar y conformarse con el resultado. Pero en este caso no es posible hacerlo y ello la crispa.

La ciudad se abre a su llegada con la limpieza de la bienvenida; todavía los humos no escalan el cielo y hay un airecillo fino y grato que mueve las ramas de los árboles del Prado. La luz dorada comienza a manifestarse en los altos edificios, autobuses antiestéticos se cruzan con el taxi, gentes afanosas circulan con esfuerzo entre la ya creciente muchedumbre. Mirar desde el taxi es recibir el aviso de lo que puede ser un futuro de trabajo para sobrevivir. A María no le gusta meterse en la tremenda colmena y teme no tener otro remedio para sus problemas.

Laura, entre tanto, ha recuperado su temple y prepara lo indispensable para recibir su implacable incordio humano.

Las banales preguntas previas a la conversación:

-¿Bien el viaje? ¿Tienes hambre? El café es muy bueno, lo traje de mi ciudad, en donde siempre lo ha sido. Te sirvo otra taza.

Sentadas ante una mesa redonda María se desayuna con apetito y Laura se sirve otra taza de café.

-Poco tiempo has estado... ¿dónde has estado? Ah, vamos; fuiste a tu casa. Pero ¿terminaste la noche en el tren? Cuéntame lo que has hecho. Te lo ruego.

-Estoy aquí; usted dijo que podía venirme.

-Conformes. Lo que te pregunto no es por qué viniste, sino qué hiciste allí.

Lo contará. Lo contará con sencillez, casi ausente, con voz monótona:

-Fuimos al notario y me han autorizado a disponer de mi persona y bienes.

Los pocos bienes que me corresponderán de mis padres. Los documentos formalizados los mandarán aquí. Volvimos a la casa y mi hermana me atosigó, cercó como a una bestia, y resolví lo de siempre, escaparme de su infernal presencia. Él me quería ayudar, y lo empeoró todo. En el portal de la casa me alcanzó y nos besamos mientras ella se tiraba por la escalera para golpearnos. Cuando cayó rendida, él me abrió la puerta diciéndome que nos reuniríamos después. Le mandé esta dirección desde la estación a su despacho. Se la llevarán hoy.

Laura da un puñetazo sobre la mesa y el café se moviliza.

-¿Le diste esta dirección?

-Sí.

-¿Y quién eres tú para citar a ese hombre en mi casa?

-Oh, no; citarlo, no. Me llamará por teléfono, sí, y nos veremos en otro sitio.

-Pero, pero ¿aún sigues queriendo pasar por encima de tu hermana?

-No es mi hermana. Es una mujer odiosa que vive con él.

Laura se levanta indignada.

-¿No te queda ni un solo rastro de dignidad, muchacha? Yo te ofrecí mi casa, mi ayuda para que escaparas de tu infierno, no para que lo mantuvieras viviendo en ella.

-No sé si podré acabar conmigo -dice sombría-. Y quisiera acabar, lo aseguro. Mientras venía en el tren, al pensar en todo esto me dio asco; me puse enferma de asco. Por mí, por él, por ella...

-¿Por ella?

-Sí. Tampoco tiene dignidad.

Laura ha vuelto a sentarse y contempla a la absurda criatura que tiene enfrente. No es que no la entienda, su idioma es fácil; es que lucha por sobreponerse a la situación que ve desembocar en tragedia estúpida.

-Es posible que a ella la ciegue la pasión, como a ti.

-Seguramente.

-¿Por qué le diste a él mis señas y mi teléfono?

-Porque quiere saber de mí.

-¿Para qué? Yo no voy a recibirte cuando vuelvas de tus citas con él. Tendrás que irte de aquí.

-No quisiera hacerlo.

-Estás loca, hija mía, si admites mi complicidad. Yo te serviré para salvarte, nunca para colaborar con tu desatino.

-¿Sería usted capaz de echarme de su casa?

-Acabo de hacerlo.

María se levanta iracunda:

-¡No quiero seguir yéndome de todas partes! -grita-. Necesito dormir en paz.

Y llora, solloza con el impudor del niño que necesita inspirar una piedad que lo ampare.

El llanto se descuelga hasta el suelo, lo humedece, corre por la casa y la puebla de lágrimas; el llanto es un intruso malévolo que ataca a Laura en

lo más delicado de su sensibilidad... Se levanta y se acerca a la muchacha:

-Anda, no sigas llorando. Dúchate y acuéstate hasta la hora del almuerzo.

-Y la va empujando suavemente hasta la habitación que le ha destinado; la ayuda a tenderse, vestida aún, para que se procure algún reposo. Después sale y entorna la puerta...

En el comedor da vueltas con las manos cruzadas y prietas, se sirve café de nuevo, se queda pensativa largo rato... Todo le parece extraño y, a la vez, viejo y vivido...; es una memoria que se le extrae al olvido con dolor y encono.

¿Quién es quién en esta situación amenazante y por qué la acepta o por qué la recuerda...? Va y viene un par de veces a comprobar que duerme María; por fin, profundamente. Y sigue absorta aunque se mueve por las habitaciones que parecen países deshabitados; rebelde al presente, porque le suena a pasado. Y dispuesta a resistir el avance de lo que intenta volver a ser.

Santiago creerá que todo saldrá a medida de su resolución; irá acumulando cuanto supone necesitará para reunirse con María en Londres. A Isabel le dirá que se ve obligado a ir a La Coruña a fin de resolver unos problemas de la Compañía que dirige. Como se figura -por anticipado- que no le creerá, acariciará cualquiera insana idea a fin de liberarse de ella.

Completamente normal cuando alguien pierde la cabeza y se afana por precipitarse a la desesperación. En el momento en que tenga resuelto ya el viaje (no se irá el día que diga a Isabel ni a la dirección que ha dicho), llamará a María desde un pueblo distinto para darle instrucciones. No demostrará que se lleva el coche, pero sí que se lo llevará para que nadie pueda localizarle en el tren o en la estación de Madrid. En Madrid tomará el avión; o, ¿no será mejor en Barcelona? Eso, en Barcelona. Irá en coche hasta allí y emprenderá el vuelo desde Barcelona a Londres. ¿Y si lo hiciera María igualmente? No. A ella le resultará más fácil volar desde Madrid; le indicará el punto de reunión londinense: una pensión en Brompton Road, que ya conoce él desde cuando estudiaba en Inglaterra. Todos estos pocos días que dedicará a la preparación de la escapatoria decisiva, Santiago intentará ser comprensivo y tolerante con su mujer... No sin cierta sorpresa observará que ella apenas si le concede atención: vive como ensimismada, ajena a cuanto suceda por fuera; recorre la casa en silencio..., no hace nada...

-¿Por qué no comes, Isabel?

-¿No como? -se extrañará.

-No. ¿Te sientes enferma?

-¿Si me siento enferma...? -seguirá extrañándose.

No progresarán los diálogos pues el uno preguntará y la otra repetirá su pregunta. Las cosas caminarán de puntillas fundiéndose como gotas de plomo.

Dentro de Isabel, golpeándola, vivirá María cual un cáncer soterrado. «Las aguas me rodearon hasta el alma, el abismo me rodeó, el junco se enguedejó a mi cabeza»¹. Isabel casi no advertirá esa presencia que no

accederá a dar su nombre para que no la arrojen de su hueco.

-¿No te acuestas?

-¿No me acuesto...? -abriendo mucho los ojos.

Y así.

La angustia de Santiago irá aumentando sus espesos ramajes morados. Algo a lo que no querrá dar paso comenzará a roer su moral. El cuerpo delicado, rubio, suave de la amante, se acostará y se levantará en su memoria ardiente.

«Ponme, como un sello, sobre tu corazón, como un signo sobre tu brazo; porque fuerte es como la muerte el amor, duro como el sepulcro el celo; sus brasas, brasas de fuego, llama fuerte [...]»

«Las muchas llamas no podrán apagar el amor: ni los ríos le cubrirán [...]»².

-¿No te levantas?

-¿No me levanto...? -maravillada.

La sogá será de esparto crudo y se irá hincando en el cuello del hombre.

Recibió en pleno pecho el loco amor por María y, sin embargo...

-Santiago -dirá inesperadamente Isabel-, ¿por qué no te vas de una vez en busca de ella? Y él se volverá asustado, lívido, al oír lo que le reventará en el oído como un escopetazo.

Retrocederá bajo el mazazo y no sabrá qué decir.

-¿Crees que no sé lo que tramas para reunirte con mi hermana? -y se sonríe, borradas las facciones por un llanto copioso que caerá en silencio desde los ojos impávidos. Toda hiératica.

-¿Para reunirme con tu hermana? -será él quien pregunte ahora.

-Lo voy leyendo en tu interior desde que lo pensaste. Anda, vete. Entre tú y yo creció la mala yerba que nos ha envenenado. Mejor perderte del todo que conservarte por fuerza y aborreciéndonos.

-Yo...

-No te culpo, ella es lo peor de los dos porque es hermana mía.

-Hay cosas que no se detienen en si se es o no de la familia.

-Lo he comprendido. Vete.

-¿Así..., no querrás nada que yo pudiese darte?

-¿Túúú...? -y se reirá igual que se rió cuando era feliz. Se reirá y en su garganta la risa cantará victoria.

-Perdón. Creo que acabaré haciendo lo que me dices.

-Lo que estás dispuesto a hacer desde antes que yo te lo dijera.

-Es verdad.

Ella le mirará despacio, morosamente para retener de él su rostro, su figura, su falsedad y su vergonzante sinceridad. Volverá la espalda y ¿adónde irá?... Bajará la escalera y saldrá a la calle. Se asomará Santiago a la ventana y podrá verla caminar erguida, seguro el paso. Hasta perderla de vista.

Isabel caminará sin saber que camina. Isabel irá metida en Isabel

desorientada. No verá a los que se cruzarán con ella, no se detendrá en ninguna calle ni casa. Dará vueltas y más vueltas para hacer tiempo y que Santiago se vaya y así no podrá verlo cuando ella regrese a su casa. Isabel parecerá ciega y sorda, lo estará sin duda anda que te anda, llevándose a sí misma como si llevara a una pobre mujer que perdió memoria y razón de existir. Isabel querrá olvidarse de Isabel y, de pronto, resucitar a Isabel joven y enamorada correspondida. Isabel no recordará a su hermana, no recordará a nadie. Irá y volverá a ir por donde fuera, arrastrando la densa ausencia de su alma.

Santiago, aturdido, tampoco querrá verla regresar a casa; por ello, buscará el coche y emprenderá viaje a Madrid. En su precipitación olvidará un papel que se conservaba muy muy escondido y en el que figuran las señas que le enviara María. Y el teléfono. ¿Quién va a acordarse de siete cifras con las cuales jamás contara antes? Pero no lo advertirá hasta tarde, muy tarde: entrando en Madrid. Así viajó de enajenado.

Al darse cuenta de su lapsus echará pie a tierra y buscará (¿cómo lo hace?) un teléfono, el suyo propio, para preguntar a Isabel... ¿Para preguntarle a Isabel por lo que tiene escrito ese papel que tan absurdamente ha olvidado...? Se quedará seco con el teléfono empuñado...

¿Y si se atreviera a pedírselo a Isabel? Estará loca de ira, de desesperación. Porque ni siquiera conoce el nombre de la dueña de la casa que acoge a María, se reprocha Santiago. ¡No comprenderá cómo pudo olvidarse de todo! Lo había copiado muchas veces sin intentar aprendérselo; ¿para qué, si estaba escrito allí? ¡Pero lo había olvidado! Agarrado otra vez al volante se echará a llorar rabioso, humillado, con ganas de pegarse una bofetada. Todo tendrá solución, sí, pero ¿cómo? Y Santiago no lo pensará más. Dejará el coche y llamará a su casa. Cuando su mujer pregunte, ¿Quién?, él dirá con voz suplicante, con voz que se arrastrará a lo largo del cable para arrodillarse ante ella:

- Isabel, perdóname por haberte hecho caso y venirme a Madrid. Por piedad, perdóname: he olvidado un papel en donde está escrita una dirección.

Búscala en el bolsillo interior de mi abrigo oscuro y dime el número del teléfono allí anotado. ¿Me oyes?, ¿me oyes?

-Espera.

E Isabel acudirá al guardarropa de su marido, buscará el abrigo oscuro, sacará el papel del bolsillo interior y, nuevamente al teléfono, se lo comunicará número por número; y colgará.

Tembloroso, sabiéndose envilecido por su crueldad y egoísmo, Santiago apuntará las cifras que contienen su vida dispartada. Esperará unos segundos y oirá el sonido del corte. Triste, se alejará del aparato para volverse al coche. Permanecerá quieto un rato, fumando... Luego bajará otra vez y marcará el número del teléfono de Laura.... Yerto, con golpetazos de la sangre contra sus sienes, esperará..., esperará. El timbre repite su sonido inútilmente. ¿No habrá nadie que le atienda? No habrá nadie en el mundo. La tierra se habrá secado y sus gentes habrán muerto de sed. «Si te encaramares como águila, y si entre las estrellas pusieses tu nido, de allí te derribaré, dijo Jehová».

Sentadas en el gabinete oirán sonar el teléfono.

Se mirarán sobresaltadas y ninguna se levantará a cogerlo. Una, dos, tres veces... Laura hará un ademán hacia María y ésta moverá la cabeza, negándose.

Mudo ya el timbre, Laura suspirará con alivio.

-¿Y si no fuera él?

-Lo era.

María no podrá equivocarse. Las mujeres que aman saben siempre quién es el que llama.

-¿Vendrá?

-Creo que sí.

En la casa paz y silencio. De la calle no llegan ruidos.

-¿Y...?

-No lo sé.

Será verdad.

No se sabe qué se hará dentro de una hora, de un cuarto de hora si la cabeza trabaja para soñar una ventura temible o para perpetrar un desencanto.

-Pero si viene...

-¿Si viene?

Y, después:

-¿Tan pronto?

El tiempo, que pareció lento y aplastante hasta hace tan poco, se ha vuelto ligero y consumiente de sí mismo con tamaña voracidad. A la mujer joven que temblaba bajo su peso que resultaba mortal, en este momento le aterra que se acerque veloz y hambriento.

-¿Cómo ha podido venir tan pronto...?

-Para eso le escribiste tú.

-No, no; ¡yo no lo esperaba...!

-¿Sabes acaso lo que quieres cuando lo suscitás...?

El hombre se estará acercando ansioso, con su resolución implacable encima, y ésta a la cual se dirige ya no desea que llegue, ya no quiere que sobrevenga.

-Cuando te invité a subir a mi coche para evitarte la espera de alguien que te llevara a cualquiera parte, ¿quién iba a decirme cuánto pesaría tu equipaje?

María mira a Laura sin comprenderla; tan abstraída se encuentra...

-¿Mi equipaje...? -pregunta.

Pero Laura no le contesta y queda flotando en el silencio la pregunta a lo que no se entendió en absoluto.

Tiempo. Nuevo tiempo. Ayer denso, arrastrándose para no llegar nunca a ninguna parte; y hoy tan ágil, tan escurridizo, tan inaccesible por rápido que antes de que llegue del todo ya da la sensación de haberse ido.

Santiago avanzará por una ciudad no tumultuosa a estas horas que, de

repente, se verá acosada por ráfagas de luces rapidísimas. Se dirigirá al hotel que conoce por anteriores estancias, dejando el coche en el aparcamiento.

Solo, solo como solamente podrán estarlo quienes se jugaron su destino a una carta incierta, el hombre se desnudará, se bañará, se irá a la cama fatigado. Nadie podrá llamarle, lo sabrá y, sin embargo, atenderá una insólita intervención del teléfono que destacará -verde claro- sobre una mesa gris al pie de una ventana...

Irá mañana temprano, con «los párpados del alba», a buscar a María; la sacará de donde se refugia aunque tenga que emplear la fuerza. ¡Afuera de una vez todas las indecisiones! Correrán a obtener visados, billetes de avión para Londres..., ¡no!, para América inmensísima. En el Banco Atlántico podrá disponer del dinero ya colocado y que transformará en dólares.

Extenuado, mirando al techo como a una pantalla, sentirá que le sorbe un abismo a cada tirón más profundo. Más. Al jamás. Podría no emerger a ningún día.

Cada mujer con un libro intentando leer para olvidar lo que no se le olvida: la inminencia de una llegada. La luz, evasiva, colaborando con la falta de atención a la lectura...

Preguntará Laura:

-Se te nota cansada, ¿por qué no te acuestas? Y una voz sumergida contestará:

-Sí.

Sigilosamente todo se pondrá de acuerdo para la absoluta oscuridad. Y en esta oscuridad que suavemente resbala, se irá resbalando hacia la lucidez, Laura se advierte dueña de muchas vidas; desde la honda cima ascienden vahos opacos que, poco a poco, se clarificarán en imágenes... En este pedazo del tiempo arrebatado al que era despacioso, golpetean voces que ya no suenan y corren brisas de mareas fundidas, fósiles hasta hace unos días.

Nadie sabe de sí continuamente, porque cada cual vive sin precipitar en un instante el análisis de sí mismo. De pronto, en una ráfaga de sombra o de luz, oyendo una música desconocida, es cuando el ser adquiere, de golpe, plena conciencia de su total trayectoria. Ayer, un atolondrado ser consumidor de vida; hoy, una criatura con el crisol lleno de metal en fusión, separando la ganga del oro...; o, por el contrario, abrumando al oro con la ganga inútil, y ofensiva.

Es ahora, ahora, cuando Laura recuerda, sabe lo que parecía haber olvidado. Ha salido de sí misma y empieza a pertenecerse en otra ella. Y habrá que sacrificarla al áspero reconocimiento para poderse liberar, por fin, de lo remetido y oscuro que apresó la subconsciencia.

Isabel habrá cortado la comunicación casi maquinalmente; después se extrañará de no seguir escuchando la voz de su marido. Advertirá el papel

en su mano y lo leerá de nuevo procurando enterarse de lo que con aquella letra tan querida otros tiempos, se escribió. Sabrá que se refiere a María; que de la casa de esa calle es el número del teléfono que él necesitará para comunicarse con ella. Le parecerá imposible no experimentar ira ni dolor, y será cierto que no los siente. Aplacada, aplanada. En su corazón se trizaron todos los ímpetus amorosos. Santiago será ya un ser distante que se conoció y murió sin dejar nada tras de sí. El fenómeno es frecuente entre los apasionados todo o nada. «Un platillo en el cielo, un platillo en el cieno... Prefería estar muerto». Sonreirá. ¿Cómo podrá recordar versos tan remotos? Pues, sí; los recordará y sonreirá. Es mejor estar muerto. ¿Estará muerta? No. Hace un momento hablaba y daba una dirección a Santiago, porque él se la suplicó casi llorando. Por el hilo le llegaba, ¡cuán viscosa!, la súplica. No se negó. Ya no será hora de negar. Que pase lo que pasará.

¿Y qué pasará?

Sobrevendrán, irrumpirán en su cuerpo tambaleándose brutales memorias. Apretará dientes y manos y salvará el oleaje. Dejándolo todo encharcado. Se apartará del teléfono e irá de habitación en habitación, es su hábito cuando se encuentra turbada; buscando... ¿qué? Un rastro, un perfume, una cosa que pertenecerá al ausente y que lo perpetuará. El tiempo no tendrá forma. Irá acumulándose hasta producir el día. El papel seguirá dentro del puño. Lo desplegará. ¿Y si llamara ella? No lo hará. No volverá a hacer cosas inútiles... Doblará la cabeza, adormilándose... El sueño es útil siempre: descansa, consuela, ofrece paisajes y criaturas que se comportan de manera diferente a la real. Dormir. «El dormir es como un sueño [...]». No. «El dormir es como un puente -que va del hoy al mañana-. Por debajo, como un sueño -pasa el agua». Pasará el agua... Como un sueño... Como un puente... Isabel se dormirá con el papel arrugado dentro de su mano izquierda.

¿Cuánto tiempo? ¡Ah, bien poco! El sueño de los tristes no es muy dilatado. La realidad les exige que estén presentes íntegros en su pensar. Isabel abrirá los pobres ojos vacíos para recordarlo todo. Le durará el coeficiente de insensibilidad. Exactamente. Saturada. Y una gran claridad de juicio sustituirá al agobio. Su vida familiar estará deshecha para eterno. Ni marido ni hermana. Ellos -pensará- tampoco serán dichosos. ¿Para qué, entonces, destrozarlo todo?

El sol se habrá ido abriendo paso entre las cortinas, y se dejará extender en el suelo iluminándolo de día hermoso, nuevo. Isabel lo contemplará con gratitud, será su compañero generoso. Decidirá tomar algún alimento, porque tiene sed de siglos. La cocina también tendrá sol y silencio. La casa entera retumbará de silencio. Café puro, fuerte, de un sorbo que abrasará su garganta. Acción. Hay que tener acción. Y acción rápida si no se consiente en morir. El papel yacerá en la mesa y casi no se entenderá lo que lleva escrito. Lo contemplará una vez más, tragándose como acíbar con los ojos. ¿Y si llamara ella? No. Eso no. Mejor no oír la voz de María. ¿O la de Santiago? Imposible que él viva en esa casa donde estará su hermana. ¿Qué casa...; la de la misma señora que comunicó que ella

había hallado a su hermana en la carretera?

Absurdo que, pensando todo eso, oiga la voz de María niña llamándola...: «Isabel, dame la muñeca; Isabel, quiero un cuento; Isabel, tengo sueño; Isabel...».

Fue un poco su hijita cuando se quedaron huérfanas. Se lo había dado todo, amor y entrega constante; y aquello duró hasta que vino un día de la calle acompañada por un muchacho bastante mayor que ella. «Es mi amigo, se llama Santiago. ¿Te gusta que sea amigo de las dos?». Ya lo recordará con una punzada de dolor, dijo «nuestro», «de las dos». ¿Presintiendo que él procuraría pertenecerle a ambas? No. Fue casualidad que, en verdad, resultaría realidad. Santiago de las dos. Aunque Isabel no estaba dispuesta a darle a su hermana tal juguete ni el cuento imposible de su amor, ni a otorgarle el sueño de su posesión física. María se rebeló, eso hizo; necesitaba que entre ellas no existiera más que lo común. Un hombre no puede serlo de dos hermanas a un tiempo ni de dos amigas. El amor individualiza. Ahí residía el error de María, en no aceptar que Isabel era la única que tenía derecho a poseer a Santiago.

Se equivocaba Isabel. No era cierto que su hermana quisiera convivir con los dos juntos. ¿Es que no comprobó en sus ojos la decisión de arrancárselo y llevárselo para ella sola? María no era ya la que podía compartir con Isabel las cosas, sino la enloquecida criatura que con todo rompe para apoderarse de su parte y devorarla a solas en su cubil glotonamente. ¿Él...? ¡Hubiera sido Isabel la primera mujer en la tierra capaz de admitir que «él» tenía culpa! Y no la tenía, no: él sucumbió al celo de la muchacha, se dejó vencer por el deseo que ella provocaba insensatamente. No. Él no era culpable. Él la tenía que querer a ella, a Isabel, aunque le deslumbrara el arrebató de la otra.

Isabel acabará convenciéndose de que Santiago será la víctima del juego erótico, y no el responsable. Más aún: Isabel comprenderá que ella tendrá la obligación de salvarle, de rescatar su matrimonio del atropello contumaz. Y entonces se dejará acariciar por la esperanza.

¿Cómo actuar? La impaciencia la consumirá. Actuar, sí. Pero, ¿cómo? Nuevo problema a resolver. ¿Irá a casa de Laura y le pedirá ayuda? ¿Cómo será esa señora que acogió y acoge a su hermana? Isabel tendrá miedo de la desconocida...

Habrán ido pasando las horas. El sol no alfombrará la casa, la doselará con señorío. Isabel volverá a hacerse café puro y a tomárselo con desgana. Recordará lecturas, confusas memorias entrarán a formar parte de su solitaria actualidad. «De nada sirve predicar. La única manera de cambiar el comportamiento de alguien es amando, no predicando». Y este recuerdo incitará otro, más puro: «La cosa no está en saber mucho, sino en amar mucho». ¡Qué contraste! ¡Y, no obstante, qué coincidencia entre el científico Alan Wats, escribiendo las primeras palabras en su estudio del Fenómeno LSD, y Santa Teresa de Jesús!

¿Amar más a Santiago, y comprender? ¿Amar más a su hermana, y perdonar? Desasosiego, amarga rebelión. No se trata de amar sino de recuperar lo perdido. No perderlo todo. Desgajar de la trama el trozo propio y retenerlo por encima de todo.

Isabel habrá leído mucho, es una mujer culta y curiosa que siente normalmente interés por todo. Conocerá libros en los cuales el alma manifiesta sus delicadezas más frágiles. En uno de ellos -ese mismo de Wats- leyó divulgaciones acerca de una droga que se considera simultáneamente como milagrosa y fatídica. «... El instante en que la conciencia se enfrenta con la subconsciencia es un desgarramiento mortal», leyó refiriéndose a la iniciación de un viaje. ¿Acaso, ahora, estará ella como el que supo y dijo tales palabras? Porque lo que albergará Isabel en su mente será eso, un desgarramiento mortal al confrontar su conciencia con su subconsciencia. Claro que por muy diferentes causas. Su droga es el dolor despiadado y analizado con frío ardor.

¿Y si ella buscara consuelo en esa droga tan amenazante y amenazada? También leyó que es un analgésico excelente que puede emplearse para calmar el terror a la muerte de los enfermos incurables... Su pena es mortal. Su temor se equipara. ¿Buscará la droga y le sacará ese hipotético provecho del que se escribe?

Ahora reirá Isabel; reirá porque en aquel libro se decía también que «existe entre los jóvenes un hambre real de espiritualidad, de religión o incluso de metafísica...». ¿Tiene María hambre de espiritualidad, etc.? Pues bien joven es, muy joven. Sin embargo de lo que hambrea es de sexo. ¡Maldita criatura!

Para entender, amar. Sí, sí. Entender a quien te despoja de tus bienes. Sí; precisamente; pues, ¿por qué lo hace; porque carece de ellos? Y al quitármelo me deja en la situación que ella se encontraba. No está mal. Nada servirá. Volverá al principio. Mío o suyo. La felicidad del amor no admite robos ni sustituciones. No será buen camino la comprensión para quien no comprende. Por ello hay quien muere, voluntariamente. O mata. Isabel no será capaz de ninguna de las dos maneras de inhibirse del problema planteado por su destino.

Y tomará una resolución sin duda alguna más vital. Bueno, de acuerdo. Pero ¿cuál resolución?

Se encara con su propia pregunta: ¿cuál resolución?, y no sabe contestarse. Cuanto significa tormento le parecerá más llevadero que una resolución, ya que ignora la esencia de la misma. Para resolverse a algo hay que intuir primero ese algo. Una persona enloquecida no sabe cómo decidir lo que podría curar su delirante estado. Antes hay que serenarse, que establecer cierta distancia entre lo que duele y su imaginaria solución en relajo. Si se arroja una a lo primero que aparente mejoría del trauma padecido, no se obtiene nada. Inventarse una paz dilucidadora y bañándose en ella el espíritu; tratar de ver.

¿Qué podrá ver Isabel si consigue apaciguarse? La realidad, claro: que su hombre ha huido para unirse a otra mujer, su propia hermana. No hay posibilidad de serenarse. Mas una pregunta: si esa hermana suya tuviere hambre e Isabel poseyera alimentos, ¿no se los daría acaso? Disparate. ¡El hambre se calma con pan o con carne, pero el amor...! ¿Es amor, o es pasión desaforada, culpable, sí, culpable, la que Santiago y María están compartiendo...?

Se ha quedado sin los dos. Sola. Es ella la que sufre hambre y sed de los dos. La que ama a su marido y ama a su hermana, y sin ellos vale más la muerte.

¿Por qué, por qué...?, clama en el desierto.

Y el desierto es arena sin agua cercana, sin árboles para sombra, caminos que barre el viento y cielo implacable encima.

Isabel cierra los ojos y vertiginosamente ingresa en el infierno de los celos.

-Aquí no.

Son las primeras palabras de Laura cuando abre la puerta al hombre que pide ver a María.

-Porque supongo quién es usted se lo digo.

Le mira fijamente y luego hace un gesto cansado.

-Aunque, después de todo, ¿qué más da que la vea aquí o fuera? Lo peor es que la vea, sea donde sea.

Y le deja paso libre y se dispone a irse a su habitación. Ha visto a María detenerse ante el visitante que esperaba, y la oye decir:

-¿Por qué vienes?

Vana pregunta de quien dio cita y agonizaba en espera de que él acudiera.

-Vengo porque hay que acabar con todo esto. Romper de una vez. Irnos tú y yo a donde nadie pueda saber de nosotros.

-¿Podremos hacerlo?

-Ya, sí. Tú estás emancipada.

-Pero tú...

-Yo me escaparé y sanseacabó. Seré libre contigo.

María le conduce al saloncito, le indica asiento; espera oír más.

-Verás. Ingresé dinero en un Banco de Madrid. Iremos a resolver pasaportes y visados para donde sea, cuanto más lejos mejor. Nos podremos embarcar rápidamente.

-¿Y luego?

-Luego no lo sé; nos arreglaremos para vivir juntos, que es lo importante.

-¿Ella...?

-Debe figurárselo desde que me vio salir de casa. -Vacila y hasta sonrío disculpándose-. ¿Sabes que tuve que llamarla para pedirle el papel donde tenía apuntadas tus señas y este teléfono? Me lo había dejado olvidado. María se queda estupefacta. Jamás hubiera podido admitir semejante hecho. Contempla al marido de su hermana como si le viera por primera vez.

-¿Y te las dio?

-Por eso estoy aquí -afirma tranquilamente.

Ha desaparecido de María el asombro para dar paso a una repulsa

incontenible.

-Ella te leyó aquel papel que tú olvidaste...

-Sí.

Se levanta airada y no puede por menos que exclamar:

-Eres cruel e irresponsable -afirma-. Yo también lo soy, conformes; aunque no hubiera llegado a ese extremo, te lo confieso.

El hombre desecha esta sutileza.

-Si estamos dispuestos a escapar juntos, ¿qué más da que yo le haya pedido lo que se me olvidó al salir precipitado? Vamos, mujer, no veo más crueldad en una cosa que en la otra. Quería verte, vine y aquí estoy.

-¿Y cómo se te pudo olvidar eso?

-Estaba tan agitado que no sabía ni cómo me llamo.

Y sonríe con aire de inocencia. Cuando se está reconociendo agitado y perdido el control ¿cómo se le va a poder exigir acierto en sus actos?

-¿Qué esperas que haga Isabel?

-¿Ella? Nada. ¿Qué va a hacer?

-Podría venir tras de ti, podría intentar que regresaras. No veo por qué se va a resignar a que nos vayamos juntos dejándola plantada.

Habla de prisa, airada; se encuentra mal dispuesta hacia él. Hasta le ve menos atractivo que le viera hace un par de días. No es inteligente. Ella es una loca y él un irresponsable que corre tras ella mientras no surja algo que le haga olvidarla en cualquier parte. Porque María, en un raptó de lucidez acaba de enterarse de que todo cuanto ocurre es disparatado.

-Te seré sincera. Por primera vez me siento culpable ante mi hermana.

-¿Tú, tú? ¡Ahora me sales por ahí! ¿No te acuerdas de lo que nos queremos, de lo que nos deseamos? Estás impresionada por el viaje, por la huida mejor dicho. Cálmate y vamos a organizarnos.

-No me encuentro con ánimos. Otro día será.

-¿Otro día? ¿He venido saltándomelo todo para oír que tienes que esperar a otro día para resolverte a seguirme? ¡Imposible!

Y se revuelve contra una sospecha súbita:

-¿O es que te han convencido en esta casa de que no te vengas conmigo?

¿Quién es esta señora para oponerse a nuestra unión?

Se ha levantado y parece tocar el techo. Es un hombre alto, de proporcionada figura, hermoso también, que no admite que se contraríe su voluntad. Ella le llega al hombro, es flexible, vivaz y, en realidad, no está comprendiéndose a sí misma.

-No desbarres. Nadie ni nada influyen en mis pareceres.

-¿Entonces...? -anhela, nuevamente esperanzado.

-Que no me siento inclinada a escaparme contigo, y que ha empezado a dolerme Isabel.

-Ella te aborrece.

-Está en su derecho. También la aborrecía yo antes.

Y se aleja unos pasos para acercarse al ventanal abierto. Él la sigue apretando las mandíbulas.

-Debería tirarte por esta ventana y tirarme yo también después de oírte.

Eres una farsante. Has jugado conmigo encendiéndome el deseo de ti hasta la asfixia y ahora te retiras del juego para dejarme solo frente a todo lo destrozado por tu causa.

-Tienes razón -conviene, mirándole a los ojos.

-¿Qué puede pensar de ti y de tu actitud el hombre que se ha dejado su casa, su mujer, su carrera, sus bienes, su reputación? ¡Dímelo!
-Que no soy capaz de llevar a término una aventura. Que me he despertado. En los ojos de Santiago se ve la muerte y en los de ella una absoluta conformidad. Pero unas manos que no advierten llegar cierran la ventana y se interpone entre ellos la dueña de la casa.
-Creo que han discutido lo suficiente -murmura en voz baja-. Harán mejor dándolo todo al olvido.
Él se deja caer en una butaca y se aprieta la cabeza entre las manos crispadas.
-Voy a enloquecer, no es posible que haya oído bien. ¡Si nos queremos con pasión, si yo no puedo respirar sin ella! ¿Cómo ha podido dejar de quererme ya?
-Te quiero, Santiago; te quiero de otro modo ahora. No veía a mi hermana a través de ti; ahora la veo, la siento en mi sangre. Me duele, ya te lo he dicho. Prefiero morir a dejarla sin ti.
-¡Si no me tiene desde que nos queremos tú y yo!
-Menos te tendría si huyéramos juntos.

Laura no sabe qué hacer allí, pero tampoco se mueve. Ejercen sobre ella su atracción las dos figuras que representan el viejo drama del amor y de la conciencia. Tiene miedo a dejarles solos con su tormenta, y se permite estar presente...

-Resueltamente, María: ¿me rechazas?
-Me rechazo a mí misma. Tú eres yo también.
Nada más. Santiago se levanta y da unos pasos vacilantes. Aún espera...
-Deberás volver a tu casa -oye que le dicen.
-¿Y tú?
-No, claro. Yo tengo que aprender a olvidarlo todo.
El hombre ya tiene puesta la mano en la puerta de salida. Vacila otra vez.
-¿Cómo puedes hacernos esto? -lamenta.
-No lo sé.
-¡Lo haces!
-Sí.

Laura cierra la puerta y oye los pasos descendentes. No dice nada a María. Regresa a su habitación y se asoma a la ventana. Ve caminar a Santiago muy despacio y, atenuado por la distancia, oye el llanto de María. Es el desgarramiento mortal del enfrentamiento de la conciencia con la inconsciencia. A su memoria revierten palabras leídas, como músicas inidentificables: «[...] creció espesa la yerba sobre la tumba de mi juventud»⁴.

Una resolución, sí. ¿Cuál? Sentirá el infinito cansancio de tener que

adoptar una resolución; la exacta. Y también pereza para sobreponerse al cansancio. Se pondrá al calor de la memoria buena y al amparo de la evasión. ¿Proporcionan las drogas evasión? Podría auxiliarse de ellas. ¿Harán daño al cerebro? Mejor. ¿Para qué retener la razón? Además, tampoco afecta tanto al cerebro como se dice. Leyó que afectan a las vísceras, sobre todo al hígado, y que los babilónicos ya conocían la interdependencia de cerebro e hígado. ¿Cómo es posible ponerse a repasar páginas de un libro cuando una está desesperada? También ocurre en los duelos mayores: los ojos lloran y el pensamiento recorre otros senderos. Tomará una resolución. ¡Qué bueno si la sacara del pozo en que la han tirado! ¿Dónde estarán ellos? Mejor no imaginárselo. Para el que sufre celos todos los pensamientos van al mismo acto: se estarán amando. Y acaso no; acaso estén ocupándose de la organización inmediata de su existencia en común.

Isabel no comió ni comerá. Sólo café de cuando en cuando. Se irá encontrando débil y hasta empezará a tener sueño. Nunca tomó cosas para conciliar el sueño y su naturaleza exigirá descanso. Dormir. Habrá que dormir. «¡Cuánto duermes, Isabel!», gritaba María cuando ocupaban la misma habitación. «¡Qué bien duermes!», afirmaba Santiago. Era verdad. Dormía perfecta y largamente. «Yo me valgo con cinco horas de sueño», comentaba María. «Me despierto varias veces por la noche y siempre te encuentro dormida», reconocía Santiago. Por eso ahora dormiría; dormiría. Ninguno la comprobaría dormida. Sola en la casa, dormiría, dormiría...

-¿Y si no me despertara nunca más, Señor? -acudiría con ansia.

Entrará en la alcoba y soportará el frío de su aliento amargo. Sin quitarse más que los zapatos alzará la colcha y se deslizará debajo. No apagará la luz por un inconfesable respeto a la oscuridad en soledad.

¿Qué noche hará fuera? No se la oye.

Sorbida por el misterio, no se la sentirá vibrar. Debajo de los párpados siempre van y vienen profusos puntitos de colores. Debajo de los puntitos avanzará el sueño vacío, el sueño hueco, el sueño de los que sufren abandono y menosprecio.

El pobre sueño tiritante de Isabel.

¿Duerme...? ¿Se obstina en convocar al sueño, esperanzándose en que le apague hasta el alma...? Un sueño que se derrita como plomo candente y suture las abrasivas zanjas del dolor sin freno. ¡Una masa de sueño despoblada de imágenes, una cordillera de sueño con nieves eternas en sus cimas, una inmersión en el más plano de los sueños...!

Se dice de los que mueren durmiendo que no han sufrido el golpe de su muerte, porque estaban dormidos... Dormir así, de sueño mortal que no haga daño; que sorba todos los recuerdos y la deje exenta de su mal. Extenderse en la llanura del no ser, del no ser ni estar. Sólo dormida. Terminada.

Hecha paz.

Y entreabre los ojos para asombrarse de la luz suave que la cobija entre un silencio amontonado alrededor... ¿Silencio todavía...? Algo se desliza inaudible para los que escuchan, no para quienes oyen. Algo planea sobre la casa desierta...

Isabel se incorpora sin alarma. Puede ser la muerte que anticipa su llegada con la suavidad de la niebla.

Mas, no.

No vienen sueño ni muerte. Está sola.

Y entonces, arrullo delicadísimo de tórtola, adviene el sueño.

No habrá ruido. No se quebrará el silencio, y sin embargo... El sueño se deshará en un deslumbramiento que, hasta despiertos, hará daño a los ojos. Isabel se incorporará alarmada. Todos los rincones de la casa adquirirán sospechas. Algo resbalará por los suelos, se desprenderá del techo, irá aumentando y disminuyéndose. Las paredes refractarán un resplandor misterioso.

Isabel abandonará el lecho y caminará muy pausada y sigilosa hacia lo que no sabrá qué es... En una pobre silla oscura encontrará doblada la figura de Santiago: derrumbada, humillada. Rota. No se atreverá a creerlo y abrirá los ojos cuanto pueda, tratando de convencerlos de que lo que ven es lo que ven.

Pondrá con suavidad una mano en el hombro del paciente y lo nombrará, creándolo:

-¡Santiago!

Y luego:

-¿Por qué has vuelto, para qué? Yo no te necesito ya más. He consumido tu cariño, abrasándome. Vete. No quiero saber lo que te trajo. Vete.

Son dos ojos o son dos pozos echando afuera sus llamas los que se levantan hacia ella. Luego, son dos manos que aprietan su cuello poco a poco e irrefrenablemente.

La voz seguirá diciendo, hasta apagarse:

-¡Vete, vet...e, ve...te!

Nada más. Solamente.

Avanza la carretera en sentido contrario a la marcha del coche.

Al volante, atenta al camino, una mujer que ya no es joven pero tampoco es vieja. Está entre esas edades que son fronteras del ser y el estar. En la parte de atrás, va una muchacha.

Está lloviendo y el piso resbaladizo obliga al cuidado permanente. Los pocos árboles que orillan la carretera ofrecen sus delicados esquemas, radiografías como los llamó aquel poeta levantino... Los coches que se cruzan con éste, llevan otro sentido, son fantasmas que irradian niebla y arrojan agua contra el parabrisas.

Pronto se dará fin a este viaje. Ha sido largo, conflictivo viaje de una a otra edad. La mujer entre dos edades se llama Laura. La muchacha que confusamente se destaca atrás, María. Apenas cambian palabras y el mundo en que navegan carece de gravedad; se flota en él más que se posa.

-Pronto será de noche.

-Pronto.

A pesar de la lluvia se elevan humos en el campo; se inclinan vencidos a

escasa altura y caen, lloviendo a su vez.

-El humo no puede con el agua.

-Nunca.

Se van acercando, deslizándose hasta una ciudad. Entre la lluvia crecen chimeneas altas, un depósito de agua para no se sabe qué riegos, y la llanura lo deja atrás, olvidándolo.

-Falta poco.

-Sí.

Muy poco falta. Tan poco que ya se resbala sobre las calles mojadas, avanzan las ruedas sigilosas con su carga de silencios encima...

-He olvidado dónde es...

-Más allá... Hacia la derecha.

Otra calle corta, una acera con casas y la otra con árboles ante el inmenso campo.

-¿En la última casa...?

-Sí.

Laura frena el coche que chorrea, diluvia más agua sobre los charcos que tiemblan delante de la casa.

María desciende morosa y se aproxima a la puerta para abrirla despacio...

-Suba -dice a Laura.

-Recuerdo...

En el zaguán hay macetas ante el arranque de la escalera. Suben con cautela. Porque arriba no se las espera.

Todo está igual. Nada ha cambiado.

Epílogo

En el comedor, al que ingresan silenciosamente, un hombre envejecido y una mujer marchita, están ante la mesa que ella prepara para la cena. Brillan los cristales y la loza reflejándose en un gran espejo que del techo al suelo preside la estancia.

La mujer va y viene, trae una fuente con alimentos y un plato cargado de frutas. El hombre llena dos vasos con vino y al depositarlos ante los platos ve en el espejo a las recién llegadas...

Aturdido, deja la botella a un lado y se vuelve a mirarlas... La mujer levanta los ojos y las mira con asombro.

Por el espejo pasan las figuras y las cosas detenidamente, antes de que ninguno de ellos hable...

-No me esperaríais -¿dice María o dijo Laura...?

La mujer, Isabel, las sigue contemplando en silencio, ¿o solamente a una...? Sale y regresa con un plato y un vaso que él, Santiago, llena de vino con mano trémula.

-Siéntate -dice Isabel.

-Bebamos -dice Santiago.

Están en pie, frente a frente también en el espejo. Beben gravemente y se sientan ante la mesa. Isabel toma de un cestillo el pan redondo, le hace

unas cruces antes de cortarlo en tres trozos que Santiago deposita ante cada plato.

-Tardaste mucho -dice Isabel.

-Hizo tanto frío en el camino... -¿contesta María o Laura?

De algún remoto confín acaece una música monótona que va creciendo espesamente. Isabel ofrece la fuente a los comensales. Santiago vuelve a escanciar oscuro vino en los vasos. Todos beben mirándose.

Laura -sí, ella- mira al espejo que frente a ellos lo reproduce todo fiel y riguroso. Encuentra allí su propia mirada conmovida, ¿o la de María...? Extraño. Sobre el rostro de Laura comienza a aparecer el de María. Estaba allí, se comprueba, desde siempre. Cavado, incrustado en él.

Laura siente trepidar sus arterias agobiando de sangre su corazón asustado. Aparta la mirada del espejo. Y en él persiste aquel rostro que contiene al otro rostro constituyéndose ambos en uno solo.

-¿Hacía frío, dijiste?

-Mucho. El mundo estaba lleno de frío.

-Aquí, ya no.

Siguen zumbando torrenciales las arterias de Laura. ¿Qué dicen aquellas personas, qué ha dicho ella misma...? Sus ojos buscan en el espejo y se ven inmersos en un absoluto vacío. No hay nadie con ella en la estancia. Lo comprueba volviéndose a mirar en torno. Nadie. No hay nadie más que ella. ¿María..., Isabel..., Santiago...?

Desolada y atemorizada, lo único que encuentra en el espejo es su rostro, distinto a como se lo recordaba hasta hace... ¿cuánto tiempo...? Y ese rostro suyo es el de una anciana, la cabeza de una anciana profunda, intensamente fatigada. Todo está vacío fuera de este rostro en cuyos ojos ve reaparecer, diminuta, a María.

Sola. Se encuentra en una casa sin otros seres que recuerda vivos a su lado, y Laura reconoce aquella casa: era su casa hace largos años y a la cual acaba de regresar no sabe para qué.

Y entonces todo comienza a agrandarse, a agrandarse...

Su rostro se sale del espejo, el mundo entero es ya la triste cara de Laura con una María diminuta en cada uno de sus ojos, desgarrados a fuerza de tan abiertos.

Cuando vuelve Laura a la realidad actual, total, casi amanece.

Sobre unas sillas permanecen su abrigo y su bolso de viaje. La luz del comedor sigue encendida. Se levanta, camina por las habitaciones, abre una ventana: la que deja entrar el frescor del amaneciente día. Respira y hasta sonríe melancólica. Porque también comprueba que su coche espera ante la puerta y la afianza en una realidad real.

Ya sabe lo que le ha pasado: toda su vida en unos pedazos del tiempo que semejaron días casi palpables. Ahora recuerda con plena conciencia de que está recordando: quiso volver a su casa deshabitada de criaturas, aunque no de memorias entrañables; desesperadas memorias de una joven frenéticamente enamorada.

¿Qué quiso hacer en esta casa volviendo a ella? ¿Qué buscó en lo pasado al trasponer el umbral del infierno consumido?

Abrir ventanas, puertas, encender todas las lámparas, romper espejos. O ponerles paños negros como los que les ponían los antepasados cuando sobrevenía una muerte familiar.

Bien conocía a María, nombre que le puso a su adolescencia. Bien conocía a la que fue y no pudo ser íntegramente Laura. Los otros..., ¿qué pudo ser de los otros si jamás volvió a saber de su existencia? ¿Se fueron..., murieron..., arrastraban la resultante del dramático choque malamente restañado?

Nada en verdad podría hacer manteniéndose en donde no pudo vivir con paz en el cuerpo ni en el alma. Intentar el regreso es una empresa infausta. Desde hace años sabe que nadie habita esta casa y que por eso ha venido; pero volverá a irse definitivamente.

No evocará más lo que vivió. Se colocó ante sus propios hechos como una espectadora; se convirtió en la que fue ante la que tuvo que ser más tarde; se puso a ser dos, la joven y la madura, para concurrir a la anciana que se sabe hoy. Curioso experimento en verdad. Jugar y juzgar en dos mundos de una misma criatura.

A qué penosa dimensión llevó su actividad humana. ¡Recordar cada hecho con el contrapunto de quien veía actuar ante quien contemplaba, como desde fuera, el debatirse afanoso!

Tanta frialdad especulativa no parecía suya, de la primera ella; claro que la manaba la que se sabía ahora.

El sol latía en la ventana. La brisa oreaba la frente casi marchita. ¿Qué puede quedarnos después de semejante balance?

Y Laura se dice que nada, que no queda nada de nada. Vivir, desear, tener, dejar, evocar..., no son nada un día, este suyo de hoy.

Cierra la ventana, apaga las luces, pasa por delante del espejo sin mirarlo. Y toma su abrigo y su bolso.

¿Queda algo por hacer? Tampoco.

Lágrimas no quedan, se apagaron suspiros y canciones. Entre estas paredes no cabe, ya, nada. Recorre, sí, una canción ajena su memoria:

El dormir es como un puente
que va del hoy al mañana.
Por debajo, como un sueño,
pasa el agua.

Eso dijo J. R. J., el que tantas veces se extrajo de sí mismo para analizarse hasta cruelmente.

Y como Laura se siente inmensamente fatigada, lenta y firme se dirige a donde pueda dormir.

Más tarde..., más tarde...

Pero más tarde ¿qué?

Ribera de San Javier, Mar Menor, 1974.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

